



Cartas sobre
Educación Infantil

Johann Heinrich Pestalozzi

Índice

Advertencia

Carta I

Carta II

Carta III

Carta IV

Carta V

Carta VI

Carta VII

Carta VIII

Carta IX

Carta X

Carta XI

Carta XII

Carta XIII

Carta XIV

Carta XV

Carta XVI

Carta XVII

Carta XVIII

Carta XIX

Carta XX

Carta XXI

Carta XXII

Carta XXIII

Carta XXIV

Carta XXV

Carta XXVI

Carta XXVII

Carta XXVIII

Carta XXIX

Carta XXX

Carta XXXI

Carta XXXII

Carta XXXIII

Carta XXXIV

Advertencia de Mr. J. P. Graves

Cuando el Traductor a petición de sus más respetados amigos emprendió la tarea de revisar el manuscrito con el propósito de publicarlo, fue bastante afortunado para obtener de Pestalozzi el permiso para introducir todas las alteraciones que puedan ser necesarias dadas las circunstancias en que originariamente han sido escritas.

De este privilegio se ha aprovechado el Traductor libremente, pero, no más de lo que se consideraba autorizado por el estado en que encontró el manuscrito y por su familiaridad con los puntos de vista de Pestalozzi a que le había llevado el estudio de sus obras y el recuerdo de los días pasados en su sociedad. Sin embargo, como el que podía haber sancionado la ejecución, como había estimulado el designio, no existe ya, el Traductor tiene la satisfacción de afirmar que las páginas siguientes, antes de su publicación, han sido sometidas a la revisión de algunos de los más entusiastas e ilustrados amigos de Pestalozzi.

Y aquí el Traductor puede encomendarse a la indulgencia de sus lectores, y llamar su atención sobre las dificultades que, como extranjero, tiene que haber encontrado en escritos que no son de su lengua; pero, prefiere apelar a su sentimiento de justicia y solicitar calurosamente que, siempre que falte al sentimiento, perspicacia o corrección al estilo -porque la tendencia a destacar la conmovedora elocuencia del original puede haber languidecido con la pálida huella del pensamiento-, se le censure a él solamente, al Traductor, y que el lector ingenuo pueda ser guiado por aquellos pasajes que se destacan con la genuina fuerza de la verdad y sólo por ellos, para formarse una idea de las concepciones del verdaderamente venerable autor.

Londres, 12 de agosto de 1827.

Carta I

Yverdón, 1º de octubre de 1818

Mi querido Greaves:

Me pide usted que le indique, en una serie de cartas, mis puntos de vista concernientes al desenvolvimiento del espíritu del niño.

Me felicito al ver que usted reconoce la importancia de la educación en las primeras etapas de la vida: un hecho que ha sido olvidado casi siempre. El esfuerzo filantrópico nuestro y de las épocas anteriores, se ha dirigido, en general, al mejoramiento de las escuelas y de sus diversos modos de enseñanza. No puede esperarse que yo diga nada en menosprecio de tales tendencias: la mayor parte de mi vida se ha consagrado a la ardua aspiración de combinarlos; y los resultados y reconocimientos que he obtenido, son tales como para convencerme de que mi labor no ha sido vana. Pero, puedo asegurarnos, mi querido amigo, por la experiencia de más de medio siglo, y por la convicción íntima de mi corazón, fundada sobre esta experiencia, que no consideraría nuestra tarea ni siquiera medio realizada ni proveería la mitad de las consecuencias beneficiosas para la humanidad, mientras nuestro sistema de mejoramientos no llegue a extenderse a las primeras etapas de la educación: y para lograr esto, requerimos el aliado más poderoso de nuestra causa, hasta donde el poder humano pueda contribuir a un fin que el amor y la sabiduría eternas han asignado a las tendencias del hombre. Sobre este altar ofrendaremos el sacrificio de todos nuestros esfuerzos y si nuestros esfuerzos han de ser aceptados, necesitan ser transmitidos mediante el amor maternal.

¡Sí!, mi querido amigo, este objeto de nuestro ardiente deseo nunca será alcanzado sino mediante el auxilio de las madres. A ellas tenemos que apelar; con ellas rogaremos la bendición del cielo; en ellas procuraremos despertar un profundo sentimiento de todas las consecuencias, de todas las abnegaciones y de todas las recompensas adscritas a sus interesantes deberes. Tomemos una parte activa en esta esfera más importante de influencia. Tal es la aspiración de un anciano ansioso de asegurar todo lo bueno que pueda promover o concebir. Vuestro corazón está unido con el suyo: así lo siento. Estrecho vuestra mano como a quien abraza fervientemente esta causa -no mi causa, ni la de ningún otro mortal-, sino la causa de El que lleva a Sí por caminos de amor a los hijos de Su creación y de Su providencia.

Sería feliz si pudiera hablar algún día, por vuestra voz, a las madres de Inglaterra. ¡Cómo se ensancha mi corazón ante la amplia perspectiva que ha llenado en este momento mi imaginación! ¡Que una grande y poderosa nación que de antiguo aprecia igualmente la gloria de las empresas poderosas que los goces silenciosos de la vida doméstica, procure cimentar la felicidad de la generación naciente, estableciendo el honor y la felicidad de aquellos que un día ocuparan su lugar; asegurando al país su gloria y su libertad mediante la elevación moral de sus hijos! y, ¿no habrá de latir en el corazón de una madre la conciencia de que también ella tiene su participación en esta obra inmortal?

Carta II

3 de octubre de 1818

Mi querido Greaves:

Nuestro gran objeto es el desenvolvimiento del espíritu infantil, y, nuestro gran medio, la actuación de las madres.

Una cuestión más importante se presenta entonces al frente de nuestra indagación. ¿Tiene la madre las cualidades requeridas para los deberes y ejercicios que le imponemos?

Me considero obligado a entrar en esta cuestión y a darle si es posible una respuesta plenamente decisiva, llamando vuestra atención sobre la materia, porque estoy persuadido de que si mi punto de vista coincide con el vuestro, convendrá con el razonamiento que se funda en mi afirmación.

¡Sí! Diría yo, la madre está dotada y dotada por el Creador mismo para convertirse en el agente principal en el desenvolvimiento del niño. El más ardiente deseo de su bien está implantado en su corazón; y ¿qué poder puede ser más influyente, más estimulante que el amor maternal, que es el poder más gentil y al mismo tiempo más intrépido en el sistema entero de la naturaleza? Sí; la madre está cualificada porque la Providencia la ha dotado también de las facultades requeridas para su tarea. Y aquí siento la necesidad de explicar que la tarea a que me refiero es peculiarmente suya. No es algo que esté más allá de su alcance, lo que le pido, ni un cierto grado de instrucción o de conocimiento usualmente implicado en lo que suele llamarse una educación acabada; aunque si tuviera la felicidad de poseer tal conocimiento, vendrá el día en que pueda abrir su tesoro y dar a sus hijos lo que deba escoger de él; pero en el período en que hablamos, todo el conocimiento adquirido en la educación más acabada no le facilitará su tarea; porque lo que le pido es solamente un amor reflexivo.

El amor, desde luego, presumo que es el primer requisito y el que siempre se presenta, aunque modificado, quizá bajo varias formas. Todo lo que yo pido a la madre es que su amor actúe tan enérgicamente como sea posible, pero razonándolo, en el ejercicio, con el pensamiento.

Y yo pediría a la madre, en nombre del amor que siente por sus hijos, que reflexione con calma un momento sobre la naturaleza de sus deberes. No trato de llevarla a una discusión artificial; el amor maternal puede disiparse en la confusión de la investigación filosófica. Pero, es que su sentimiento puede llevarle a la verdad por un camino más corto, por un proceso directo. A éste es al que apelo. No le ocultemos que sus deberes son a la vez fáciles y difíciles; pero, confío en que no haya madre que no encuentre su recompensa más elevada en vencer los impedimentos que se le opongan, y el conjunto de sus deberes se abrirá gradualmente ante ella con tal de que se apoye sobre esta sencilla, y, sin embargo, conmovedora y elevada idea. Mis hijos han nacido para la eternidad y se me han confiado expresamente para que yo pueda educarlos, para ser hijos de Dios.

¡Madre!, le diría, ¡madre responsable!, ¡mira a tu alrededor!, ¡qué diversidad de propósitos, qué variedad de vocaciones!, unos se agitan en el tumulto de una vida inquieta; otros buscan el reposo en el seno del retiro. De todos los diferentes actores que te rodean, ¿qué vocación parece más sagrada, más solemne, más santa? Indudablemente la nuestra, estáis dispuestas a exclamar, ya que nuestra vida está consagrada a la elevación espiritual de la naturaleza humana. ¡Qué feliz debe ser aquella cuya misión consiste en llevar a los otros a la felicidad y a la felicidad duradera! ¡Bien! ¡Madre feliz! Su misión es la tuya. No tiembles ante la idea ni te asuste la comparación. No pienses que yo te asigno una estación más allá del desierto, ni sientas el temor de que haya tras de mí sugestión, tentaciones para tu vanidad, sino que debes elevar tu corazón en gratitud a Dios que te ha confiado tan alta misión y procurar hacerte digna de la confianza que en ti ha depositado. No hables de deficiencias en tus conocimientos; procura suplirlos -ni de limitaciones en los medios-, la Providencia te los ampliará -ni de falta de energías-, el mismo Espíritu del Poder te los fortalecerá: atiende a aquel Espíritu para todo lo que necesite y especialmente para aquellos dos grandes y preeminentes requisitos, valor y humanidad.

Carta III

7 de octubre de 1818

Mi querido Greaves:

Toda madre que tenga conciencia de su tarea, presumo que estará dispuesta a consagrarse a ella con celo. Pensará que es indispensable alcanzar una clara visión del fin para el cual tiene que educar a sus hijos.

He señalado este fin en mi última carta. Pero queda mucho por decir respecto de los medios que han de emplearse en la primera etapa de la educación.

Un niño es un ser dotado con todas las facultades de la naturaleza humana, pero sin desenvolver ninguna de ellas; un botón no abierto todavía. Cuando se abre, cada una de las hojas se desarrolla, ninguna queda atrás. Tal debe ser el proceso de la educación.

Ninguna facultad de la naturaleza humana debe ser tratada con la misma atención; porque sólo su colaboración puede asegurar su éxito.

Pero, ¿cómo la madre aprende a distinguir y a dirigir cada facultad, antes de aparecer en un estado de desenvolvimiento suficiente para dar una prueba de su propia existencia?

No verdaderamente de los libros, sino de la observación actual.

Pregunto a las madres que han observado a sus hijos, sin otro fin que el de vigilar su seguridad, si no ha observado, aun en la primera edad de la vida, el avance progresivo de sus facultades.

Los primeros ejercicios del niño, realizados con algún esfuerzo, ofrecen, sin embargo, placer suficiente para inducir una repetición gradualmente creciente en frecuencia y poder; y cuando sus primeros esfuerzos, aunque sean ciegos, se realizan una vez, la pequeña mano comienza a jugar su misión más perfecta. Desde el primer movimiento de esta mano, desde el momento en que coge por primera vez un juguete, ¡qué infinita serie de acciones habrán de seguir y de las cuales será ella el instrumento! No solamente empleándose en todas las cosas conexas con los hábitos de esfuerzo y confort en la vida, sino asombrando al mundo, quizá, con alguna obra maestra de arte, o recogiendo antes de que escapen las flotantes aspiraciones del genio para transmitir las a la admiración de la posteridad.

Los primeros ejercicios de esta pequeña mano abren, entonces, un campo inmenso a una facultad que comienza ahora a manifestarse.

Además, la atención del niño está ahora visiblemente excitada y fijada por una gran variedad de impresiones externas: el ojo y el oído son atraídos siempre que un vivo color, o un sonido animado pueda sorprenderles y giran y se vuelven como si quisiera indagar la causa de aquella repentina impresión. Muy pronto los rasgos del niño y su redoblada atención, denunciarán el placer con que son afectados los sentidos por los colores brillantes de una flor o el sonido placentero de la música. Al parecer, se están formando ahora las primeras vías de aquella actividad mental que se empleará, en adelante, en innumerables observaciones y combinaciones de acontecimientos, o en la indagación de sus causas ocultas y, que harán accesibles a todos, las sensaciones penosas o placenteras que la vida en sus diversas formas pueda provocar.

Todas las madres recordarán las delicias de sus sentimientos ante las primeras manifestaciones de la conciencia y la racionalidad del niño; verdaderamente, el amor maternal no conoce otro goce superior al que brota de estas interesantes indicaciones. Naderías para los demás, para ella son de valor infinito. A ella le revelan un futuro fecundo; le informan de que un ser espiritual, más querido que la vida misma, está abriendo los ojos de la inteligencia y diciendo con su lenguaje silencioso, pero tierno y expresivo yo he nacido para la inmortalidad.

Pero, del goce último y superior, del triunfo del amor maternal, aún no hemos hablado. Es la mirada del niño a los ojos de la madre, esa mirada tan llena de amor, tan llena de expresión cordial, que habla tan elocuentemente de su elevación en la escala de los seres. Es ahora un sujeto adecuado para recibir el más alto don de la naturaleza humana. La voz de la conciencia hablará dentro de su pecho; la religión le auxiliará en sus pasos vacilantes y elevará sus ojos al Cielo. Con esta condición, el corazón de la madre se ensancha con deleite y solicitud; no ve en su prole meramente ciudadanos de la tierra: Has nacido, exclama, para la inmortalidad y una inmortalidad de felicidad: tal es la promesa de tus facultades de origen divino; tal será la consumación del amor del Padre Celestial.

Éstas son entonces, las primeras huellas del desenvolvimiento de la naturaleza humana en el estado infantil. El filósofo puede tomarlas como hechos que constituyen un objeto de estudio; puede utilizarlas como la base de un sistema; pero están originariamente destinadas para la madre, son un aviso desde arriba que le sirve, a la vez, de bendición y de estímulo:

Por todas sus amarguras y todos sus cuidados,
Un espléndido premio de deleite.

Carta IV

18 de octubre de 1818

Mi querido Greaves:

Cuando una madre ha observado en su hijo la primera señal de desenvolvimiento, se le plantean nuevas cuestiones: ¿Cómo se dirigirán estas facultades que se ensanchan? ¿Cuál de ellas pedirá una atención más diligente y que pueda seguir su curso natural sin requerir ningún peculiar cuidado prestado a su propio crecimiento y regulación? ¿Cuál tiene, también, más importante significación en el bienestar futuro del niño?

La cuestión última se decidirá unánimemente, supongo, en favor del corazón. No creo que haya una madre tan ciega, moral e intelectualmente, que conscientemente decida atender al beneficio externo y temporal del niño a expensas de su bienestar interior y eterno. Pero puede, no obstante, confundirse respecto de la importancia relativa de las facultades a su cargo y la consiguiente proporción de atención que separadamente demandan.

El corazón tiene, verdaderamente, una pretensión predominante a su atención. Pero, ¿no está el niño dirigido y aconsejado por la voz interior de la conciencia? ¿No es capaz de decidir la gran cuestión de lo justo y de lo injusto, oyendo simplemente esta voz, sin ninguna instrucción particular de cualquiera otra? ¿Y no habrá llegado el momento, cuando reciba las verdades de la religión, de confirmar aquella voz interior y darle aquella elevación moral, cuya verdadera idea está, al presente, muy lejos de su alcance?

No sería difícil responder a estas preguntas y poner la materia entera a plena luz. Pero yo no ofrecería a una madre ningún plan detallado para su guía, considerando como muy especial que no se sienta aprisionada por algo semejante a un sistema cuyos principios, no siendo suyos, sólo pueden prejuzgar y confinar sus opiniones y su práctica sin convencerla de ninguna suficiencia o adaptación en los medios dados para el fin propuesto. ¿Por qué no habría de ser su espíritu más que el reflejo de otro, cuyos puntos de vista no pueda ella, quizá, ni sondear ni apreciar? ¿No es ella madre? ¿Y podría su Creador, al proporcionarle la continuación de la vida natural para sus hijos, no haberla dotado para administrar aquella vida intelectual que es el fin verdadero y la esencia de todo ser? Teniendo su relación con la humanidad un carácter tan responsable, ¿no habría de concentrar su inteligencia y su energía sobre este foco? ¿No será absorbida toda su inteligencia en este exaltado propósito e incansable esfuerzo para realizar el fin de su creación? La naturaleza, la benevolencia y la religión, lo reclaman así, y tan unánimemente, que puede darse la cuestión como resuelta.

Yo pediría a toda madre que procurase lograr una visión general de la vida en todos sus variados aspectos; y cuando se presente la felicidad; no meramente en semejanza, sino en sustancia, detenerse entonces y examinar, si es posible, cómo está constituida esta felicidad y cuál es su origen.

Es más que probable que se sienta más bien disgustada con los resultados de su primera investigación; encontrará casi imposible, en medio de tal multiplicidad de propósitos y de caracteres, seleccionar modelos sobre los cuales puedan reposar sus ojos, como si procedieran de una indagación escrutadora, y hacer una luz verdaderamente ilustradora sobre la materia. Querría retirar su contemplación de esta escena de confusión y dirigirla otra vez por los antiguos canales, para reforzar con un deleite puro por aquel ser de todos sus afectos. Pero ese niño querido, ¿es para ti, madre imprudente? Con más urgencia insistiría yo para que examinases aquella vida en que habrá de ser lanzado un día. ¿La encuentras llena de peligros? Tienes que preservar tras de un escudo su inocencia. ¿Le encuentras en un laberinto de error? Tienes que mostrarle aquella mágica nube que lleva a la fuente de la verdad. ¿Le encuentras sin vitalidad, muerto, bajo todas sus apariencias atareadas? Tienes que procurar nutrirle con aquel espíritu de actividad que mantendrá vivas sus potencias y le impelirá hacia adelante para mejorar, aunque todo lo que le rodea deba perderse en el mecanismo habitual de un estéril estancamiento. Además, y como consecuencia, averigua lo que la experiencia de la vida puede proporcionarte. Observa por un momento a aquellos que se han distinguido del resto de su especie. Seguro que no desearías que tu hijo fuese uno de los muchos de quienes nada puede decirse, sino que han vivido y muerto, pasando por la vida sin pena ni gloria y sin caracterizarse por ninguna cualidad ni acción que pueda dignificar la humanidad. Tu hijo no puede pertenecer a una clase social en la que no pueda alcanzarse la distinción más honorable. El árbol más fértilmente desarrollado,

por bajo que pueda ser el valle en que crece, no es menos acogedor para el cansado caminante que encuentra sus frescos frutos y su agradable sombra.

Aun en las situaciones inferiores, encontraréis muchos que se han distinguido realmente por el ingenio y la energía desplegada en su empleo por pequeña que pueda ser la dignidad intrínseca de éste; pero su habilidad y perseverancia les han ganado y asegurado la atención y, quizá, el respeto de sus vecinos y sus superiores.

Llamarán vuestra atención otras personas colocadas en los más elevados puestos de la sociedad y cuyos sorprendentes rasgos de inteligencia parecerán casi sobrenaturales. Ocasionalmente, les podréis observar persiguiendo fines extraordinarios con medios ordinarios y aun limitados, y aun dirigiendo con facilidad el timón del poder de la nación o regulando las decisiones de la sabiduría nacional o navegando por las corrientes de la política; y en éstas o en otras variedades de su carácter y de su acción, admiraréis el triunfo del espíritu.

Estos actores preeminentes sobre el escenario de la vida, suelen ser para un gran número de seres, cuyo destino parece estar bajo su poder, objetos de terror, pero difícilmente se encontrará algunos dispuestos a rendirles el tributo de admiración debido a sus dotes apacibles. Sus personas son miradas con respeto y aun, quizá, con temor, por los demás de su especie. Encontraréis también otros individuos que inspiran a los que les observan y tratan, un sentimiento de amor: esta bondad natural de disposición y su invariable atención benévola, nunca deja de producir este efecto apropiado: siendo bondadoso con los demás hombres ha obtenido el secreto de lograr el afecto de todos.

Entre vuestros conocidos habréis encontrado el original de un individuo por lo menos de cada una de estas tres clases.

¿Son ellos igualmente felices o lo es alguno superlativamente?

Carta V

24 de octubre de 1818

Mi querido Greaves:

No pretendo anticipar la respuesta de la madre. Pero es muy probable que sus indagaciones terminen en la triste convicción de que ninguno de los individuos en cuestión parece estar investido de la felicidad verdadera, esencial e imperturbable a que ella ardientemente aspira, como lote futuro para su hijo.

Aquí, entonces, observará las imperfecciones de la naturaleza humana, la inconsistencia de los humanos empeños. ¿Es posible, exclamará, que con toda esta fertilidad del genio, toda esta comprensión de espíritu y toda esta bondad de corazón no pueda alcanzarse todavía la felicidad?

Ahora bien: éste es precisamente, el punto a que yo quería traerla.

¿Cómo es posible?, es una frase tan común entre nosotros, que olvidamos con frecuencia su significación original. Es una pregunta, pero siempre evadimos su legítima respuesta. Es una cuestión que nos planteamos a nosotros mismos, pero conscientemente retrocedemos ante la tarea de encontrarle una réplica buena y abierta. Procedamos de otro modo en el caso presente. Que la madre llegue a examinar la naturaleza de esta posibilidad, y pronto se aproximará a la verdad que busca. Deberá comprender que el mero talento ejecutivo, por espléndido que sea, la mera capacidad mental, aunque sea muy vasta, y la mera bondad natural, por expansiva que sea, son dotes todavía infinitamente inferiores a las condiciones de la felicidad humana. Y aquí debemos aludir a un error fundamental que prevalece en la educación, así como en nuestro juicio respecto de los hombres y las cosas.

¿Cuál, pregunto yo, pudiera ser el uso verdaderamente intrínseco de la mayor parte de las actividades posibles, a menos de que estén reguladas por la exactitud de las ideas, por las percepciones elevadas y universales, y, sobre todo, bajo el control de alfa y fundadas en los más nobles sentimientos del corazón y en la voluntad más firme y enérgica? Y, además, pregunto yo: ¿cuál

puede ser el uso real y el mérito del propósito, por profundo o ingenioso que sea, si la energía del ejercicio no es igual al aliento y habilidad de la concepción, o si aun cuando se combinan los dos poderes no actúan para un fin digno de ellos mismos y propicio para la humanidad? Es obvio, entonces, que un nuevo cultivo de los talentos de nuestra naturaleza animal e intelectual será absolutamente inferior como sustituto del corazón.

Éste se ofrecerá entonces como la verdadera base de la felicidad humana. Pero, aunque debo preveniros contra una posible equivocación, indicando los rasgos de un carácter capaz de confundiros y que con tanta frecuencia encontramos en el curso de la vida, que no puede discutirse la existencia de uno original. Me refiero a aquellos cuyo espíritu está lleno de buenas intenciones, su corazón saturado de disposiciones y su celo dispuesto siempre a patrocinar y promover una empresa digna que tenga por objeto el beneficio de la sociedad. No necesito enumeraros todos los rasgos admirables de tal carácter; tanta bondad, benevolencia y entusiasmo no pueden dejar de ofrecernos un irresistible atractivo. Y, sin embargo, es un hecho, confirmado demasiado frecuentemente por la experiencia, que toda esta constelación de excelencias puede arder y relucir en vano; que tal temperamento, por finamente constituido que esté, puede vivir y moverse para propósitos pequeños en relación con los demás y no lograr asegurar aquella felicidad que se considera concomitante inseparable de la virtud.

La razón es evidente: el corazón, la rueda esencial del mecanismo humano, puede haber actuado larga y activamente, pero por falta de conexión a su debido tiempo con aquellos otros poderes de la naturaleza humana, cuya cooperación es igualmente esencial, ha dejado de producir aquella salud y vitalidad que en otro caso hubiera penetrado el sistema. Las facultades del hombre deben ser cultivadas de tal modo que nadie predomine a expensas de otro, sino que cada uno sea estimulado a la verdadera norma de la actividad, y esta norma es la naturaleza espiritual del hombre.

Y, aquí, permítaseme insistir sobre los resultados principales de estas importantes verdades, y considerarlas además en relación con el carácter de que tratamos.

¡Madre feliz! Te deleitas en los primeros esfuerzos del niño, que son realmente deliciosos; medita sobre ellos; no lo olvides, porque son el germen de las acciones futuras; son muy importantes para ti y para él y deben provocar en ti el curso de un pensamiento prolífico.

Dios ha dado a tu hijo todas las facultades de nuestra naturaleza, pero el punto esencial permanece todavía indeciso. ¿Cómo se emplearán este corazón, esta cabeza y estas manos? ¿A qué servicio habrán de dedicarse? Esta es una pregunta cuya contestación envuelve un futuro de felicidad o de desdicha para la vida que te es tan cara.

Dios ha dado a tu hijo una naturaleza espiritual; es decir, ha implantado en él la voz de la conciencia, y El ha hecho más: le ha dado la facultad de escuchar esta voz. Le ha dado unos ojos cuya dirección natural es hacia el cielo; muéstrale, sólo con eso, la elevación de su destino, y que rompa toda afinidad con las criaturas inferiores, cuya mirada, baja, habla expresivamente de la tierra, sobre la que se inclinan.

Tu hijo, entonces, fue creado no para la tierra sino para el cielo. ¿Conoces el camino que conduce allí? El niño no lo encontraría nunca, ni ningún otro mortal sería capaz de mostrárselo si el Creador no se lo hubiera revelado. Pero no es bastante conocer este camino; el niño debe aprender a andar por él. Se ha recordado, ya lo sabéis, que Dios abrió los cielos a uno de los patriarcas de la antigüedad y le mostró una escala que conducía a las alturas celestes. Bien; esta escala quedó puesta para todos los descendientes de Abraham, y está tendida para tu hijo. Pero hay que enseñarle a subirla. Y hacer que se preocupe, no de intentarlo ni de pensar en la escala por frío cálculo de la cabeza, ni ser impelido a la empresa por el mero impulso del corazón, sino procurar que se combinen todos los poderes y la empresa será coronada por el éxito.

Todos estos poderes le han sido ya concedidos, pero es misión tuya ayudarle para sacarlos a luz. Procura que la escalera que le lleve al cielo esté constantemente ante vuestros ojos, la escala de la Fe, sobre la cual puedan ascender y descender los ángeles de la Esperanza y el Amor.

Carta VI

31 de octubre de 1818

Mi querido Greaves:

Si hubiera tenido más interés en ocasiones anteriores, por adaptar mis palabras al gusto de los unos y a las teorías de los otros, quizá hubiera asegurado la aprobación de aquellos, que se inclinan al presente a asentar sobre mis principios una construcción menos favorable o a rechazarlos conjuntamente. Pero no he acostumbrado a referirme como prueba a lo que la experiencia sugiere o la práctica me confirma. Ha sido mi misión, como yo humildemente esperaba, arrojar alguna luz sobre verdades poco notadas anteriormente y sobre principios que aunque más generalmente reconocidos fueran, sin embargo, rara vez aplicados; y confieso que yo estaba poco cualificado para aquella tarea, por la concisión de mis nociones filosóficas, pero estaba sostenido por un rico caudal de experiencia y guiado por el impulso de mi corazón. Si, por tanto, he recurrido frecuentemente a la apelación de los sentimientos de la madre, comprenderéis fácilmente que aun cuando yo solicitaría el examen de mis principios por parte de aquellos que están dotados de una superioridad intelectual, miro, no obstante, con especial simpatía, sobre todo, a aquellos cuya actitud y cuya actividad son semejantes a la mía porque brotan del mismo sentimiento y se dirigen al mismo fin.

Procederé, pues, a presentaros mis puntos de vista, no con la depurada exactitud que satisficiera la crítica de un extraño, sino con el calor con que hablamos al corazón de un amigo.

Debería, en primer lugar, dirigir vuestra atención a la existencia y a las primeras manifestaciones de un principio espiritual, aun en el espíritu del niño. Pondría muy de relieve que hay en el niño un poder activo de fe y de amor: los dos principios por los cuales, bajo la guía divina, participa de las más altas bendiciones que nos están reservadas. Y este poder no está en el espíritu del niño como lo están otras facultades, en un estado durmiente. Mientras todas las demás facultades sean mentales o físicas presentan la imagen de una gran indefensión, de una debilidad que en su primera etapa de ejercicio sólo conduce al esfuerzo y al desengaño, aquel mismo poder de fe y de amor desplaza una energía y una intensidad que nunca es superada por sus más eficaces esfuerzos cuando está en pleno crecimiento.

Tengo plena conciencia de que lo que acabo de llamar un principio de fe y de amor en el niño es frecuentemente y aun generalmente degradado con el nombre de un sentimiento meramente animal o instintivo. Pero confieso que siempre consideré el hacer instintivo del niño en su primera etapa de existencia, como la maravillosa concesión de una providencia benigna y sabia. De este modo, lo repito, como maravillosa concesión, podemos realmente admirar, con sentimiento de veneración, el libre don del Creador al hombre, un don que aun cuando el hombre puede estropearlo es, no obstante, en su actuación primitiva una bendición incalculable. Y si el sentimiento a que aludo puede llamarse animal, confieso que parece haber sido la Intención del Creador, el que pueda considerarse la primera etapa de la existencia humana, de modo que sea posible, vislumbrar en sus formas primitivas el desenvolvimiento sucesivo de su naturaleza espiritual.

Este principio, sin embargo, cuya existencia definiendo, no está de ningún modo absolutamente maduro y purificado en el niño. Si hubiera de permanecer entre las facultades inferiores dejaría de actuar como un constante preservativo de fe y amor. Debe, por consiguiente, derivar su nutrición y desarrollo de la naturaleza misma; debe ser acariciado por el poder sagrado de la inocencia y de la verdad. Ésta debe constituir la atmósfera en que viva el niño.

La nutrición diaria del amor y de la fe del niño desenvolverá en su tiempo todos los gérmenes de las virtudes más puras. El niño es obediente, activo, amante y casi pudiéramos decir discreto y piadoso, antes de que se le haya enseñado a comprender la naturaleza o el mérito de estas virtudes. El más elevado y enérgico poder de elevación espiritual de que es capaz el alma del hombre bajo el influjo de la doctrina divina de Cristo, se comunica al niño en la más tierna infancia; por una especie de revelación. Tiene una anticipación de las más sublimes virtudes, cuyo poder no es todavía capaz de concebir.

Así, la verdadera dignidad de la cristiandad puede decirse que ha de implantarse en el niño antes de que tenga una idea del pleno desenvolvimiento de los gérmenes, todavía tiernos, que hay en su pecho. El sagrado sentimiento de gratitud es activo en el niño en el momento de la gratificación,

cuando siente apaciguada su vida animal y satisfechas sus necesidades animales. El poder sagrado de la simpatía, que es superior al temor del peligro y de la muerte es activo en el niño: moriría en el regazo de la madre para librarla de un dolor inminente, sentimiento este que se marca enérgicamente en sus rasgos -moriría por ella antes de poder concebir lo que es la simpatía o la muerte. En el niño se da hasta una anticipación del sentimiento de tranquilidad y complacencia que es la recompensa de una renuncia de nuestros propios deseos, de una subordinación de todas nuestras esperanzas y aspiraciones bajo los principios supremos de amor y fe.

Este acto de renuncia, por insignificante que pueda ser su objeto inmediato, es el primer paso hacia el ejercicio consciente y regulado de la abnegación.

En los brazos de la madre, el niño actúa como si estuviera inspirado por este principio, el cual puede convertirse en su segunda naturaleza, mientras que el espíritu está todavía lejos de una conciencia de aquel poder que, en su ulterior desenvolvimiento, puede producir el más glorioso efecto de abnegación.

Carta VII

8 de noviembre de 1818

Mi querido Greaves:

He afirmado en mi última carta mi firme convicción de que hay en el niño un principio que puede, bajo la guía divina, capacitarle no solamente para distinguirse entre los demás hombres sino también para llenar el más supremo mandato de su Hacedor, para caminar a la luz de la fe y para inundar su corazón, que sobrelleva todas las cosas, que cree en todas las cosas, que espera en todas las cosas y que sufre todas las cosas -el amor que nunca falla.

He llamado este principio, aun tal como se manifiesta en la primera etapa de la vida humana, un principio de amor y de fe. Y comprendo que estos términos parecerán a algunos contradictorios y quizá absurdos para otros. Agradecería verdaderamente que alguien me indicase otros dos términos más apropiados, más expresivos de la idea que he formado de la materia después de una estrecha y entusiasta observación de muchos años. Al mismo tiempo puedo aventurarme, al menos, a esperar que nadie me niegue el hecho a cuenta meramente de la insuficiencia de los términos que he tenido el infortunio de emplear para describirlo.

Procuraré explicar mi idea de manera que deje difícilmente duda sobre la naturaleza del hecho respecto del cual es mi deseo llamar la atención de todas las personas consagradas a la educación. Estaréis dispuestos a admitir por la pasada experiencia que si tratáis a un niño con bondad hay mayor probabilidad de conseguirlo que por cualquier otro medio.

Ahora bien; esto es todo lo que yo deseo que se me conceda; y sobre este hecho sencillo e innegable formularía todo lo que hay de teoría o de principio en mi punto de vista sobre el desenvolvimiento del niño.

Si conseguís por la bondad más que por ningún otro medio, habrá, hemos de reconocerlo, algo en el niño que responda de algún modo a lo que llamáis bondad. La bondad debe ser congénita con su naturaleza: debe excitar una simpatía en su corazón. ¿De qué se deriva? No vacilaría en decirlo: del Dador de todo lo que es bueno. Es, verdaderamente, a aquel mismo principio en el hombre, al que El dirige siempre su pensamiento por la voz de la conciencia, y siempre que por su infinita benevolencia ha hablado a la humanidad, en diversos tiempos y de varias maneras. En otro caso no podríamos satisfacernos con respecto a la significación de la autoridad divina lo que se ha calificado como el reino de los cielos; y se ha dicho que quien no reciba el reino de Dios como un niño pequeño, no entrará en él.

Tendremos aún más razón para pensar así si consideramos la manera según la cual el poder de la bondad actúa sobre el espíritu del niño.

Si el espíritu del niño no actuase por ningún otro impulso que por el nuevo instinto de conservación; si su adhesión a la madre se cimentase meramente sobre una conciencia de su

indefensión, de sus necesidades animales y la observación de que ella fue la primera en sostenerle, en protegerle y en halagarle; si esto ensancha su sonrisa y todas las pequeñas muestras de afecto, tan queridas para el corazón de la madre; si el niño fuese realmente esa criatura egoísta y calculadora y girase alrededor de la satisfacción de sus propios deseos el afecto de los demás; entonces cesaría yo para siempre de hablar de los gérmenes de amor en su corazón, o de la anticipación, por distante que sea, de la fe; entonces cesaría yo de dirigirme a la madre como el agente principal en la causa de la humanidad. Tal causa no existiría ya. No la exhortaría yo a pesar su deber ni a considerar los medios por los cuales lo cumple. Todo laboraría por lo que sería entonces su misión, alimentar en su hijo aquel mismo egoísmo frío y antinatural, que pudiera ser expiado en su propia raíz bajo la máscara engañadora del amor maternal.

Pero que la madre nos diga lo que le dicta su corazón ante tal doctrina. Que diga si no cree que Dios mismo ha implantado en ella aquel sentimiento de amor maternal. Que diga si no se siente más cerca de Dios en aquellos momentos en que su amor es más intenso y activo; y si no es este sentimiento el único que le capacita para ser infatigable en sus deberes y para prestarse a innumerables abnegaciones que podríamos intentar describir, pero que sólo una madre puede sentir y sólo ella puede sufrir. Que diga si no está firmemente convencida, por aquel mismo sentimiento, de que hay en el corazón de su hijo una gratitud, una confianza y una adhesión que es mejor que el egoísmo y que está implantado, como su propio amor, por su Divino Padre.

Conozco la doctrina fría y sin entrañas que niega la existencia de tal sentimiento, pero que cuenta con ella como con un saludable engaño para inducir a la madre a ser cuidadosa en el cumplimiento de sus deberes. ¿He llamado a esta doctrina fría y sin entrañas? Dejádme entonces agregar que no deseo lanzar ninguna imputación sobre sus sostenedores, sean cualquiera los motivos que les impulsen: pero no puedo de ningún modo simpatizar con ellos.

Dejemos a otros defender la teoría de que puede hacerse el mal para producir el bien. Dejemos a los hombres paliar con esta teoría su propia debilidad. Pero que no intenten transferir aquel principio a las obras de Aquél, que es todo sabiduría, todo poder y todo amor.

No; yo nunca creeré que Dios la induzca por una placentera ilusión a cumplir su deber difícil y con frecuencia penoso -yo nunca creeré que el Padre de la Verdad haya implantado un espíritu de mentira en el corazón de la madre.

Carta VIII

15 de noviembre de 1818

Mi querido Greaves:

Yo convocaría a las madres para dar gracias a Dios de que haya facilitado tanto la tarea implantando en el corazón del niño aquellos gérmenes que bajo su guía y con su bendición constituirá su deber desenvolver, proteger y fortalecer hasta que puedan madurar en frutos reales de fe y de amor.

Porque constituirá su tarea en un mundo de corrupción guardar su inocencia y hacerla madurar en su principio. En un mundo de corrupción, de inconsistencia o de descreimiento, le incumbirá prestar gran asiduidad para que la serena y amable seguridad de aquella inocencia que ahora reposa en sus brazos, pueda algún día desenvolverse en una confianza inquebrantable en todo lo que es bueno aquí abajo y en todo lo que es sagrado allá arriba. Y en un mundo de egoísmo, ella tendrá cuidado de dirigir y extender la adhesión instintiva de su hijo en la corriente de la benevolencia activa, la cual, en una buena causa se entregará a la abnegación y no creará demasiado grande ningún sacrificio.

¿Cómo pudiera ella lograr esto que es el gran fin de la educación, si el Creador no ha instituido en el niño aquellas facultades que admitirán una juiciosa dirección y desenvolvimiento? El requisito necesario para la educación no consiste solamente en la cualificación de aquellos que emprenden la tarea; consiste también en la cualificación del niño en cuya naturaleza debe encontrarse lo que proclama más alto que nada el gran fin de la Sabiduría Infinita; en la creación del hombre. Primeramente y sobre todo, dejemos a la madre regocijarse con que por débil que pueda ser la naturaleza humana y por grandes que puedan ser las tentaciones, hay algo en su hijo cuyo origen, como un don de Dios, data de fecha anterior a toda tentación o corrupción. Dejémosla regocijarse con

que en su hijo hay, lo que ni las joyas, ni el oro ni los honores, ni la cultura pueden prestar: sino ¡Dios solamente! cuando primeramente Su mano activa imprime la inclinación secreta del alma.

Pero, esta doctrina, ¿será aceptable para todos igualmente que lo es para mí mismo y confío lo sea para vosotros?

He oído decir, querido amigo mío, que hay muchos de mi propio país y del vuestro, que la rechazarán conjuntamente porque afirman que no es ortodoxa.

Ahora bien, me pregunto: ¿qué hombres son los que pueden pensar que sólo sus puntos de vista son ortodoxos?, ¿que solamente su doctrina, con exclusión de toda otra, es la recta? Desearía que avanzasen y nos mostrasen sus credenciales; credenciales no firmadas, en verdad, por manos de hombre, por sabio que el hombre sea, porque los más sabios están sujetos a error; ni por el más poderoso, porque el más poderoso puede ser tentado por el orgullo; sino testimonios que garanticen plenamente su presunto carácter de exclusivos poseedores, de únicos intérpretes de Su verdad, la de Aquél que desea que todos Sus hijos tomen el agua de la vida libremente y no alumbren cisternas que no tienen agua, ni sean traídos a retortero por cualquier viento de doctrina. Si tienen tales credenciales, es preciso que las conozcamos y nos inclinemos ante su autoridad. Si no, es preciso, al menos, que no pretendan lo que no les corresponde, como tampoco nos corresponde a nosotros la autoridad exclusiva, y que ellos deben, a su vez, concedernos lo que nadie pensará que nos nieguen ni negarles a ellos: el derecho de la libertad de conciencia y del juicio privado.

Abrigo la esperanza de que llegará un tiempo en que no se preguntará ya si una teoría conviene o no con el interés de una clase de hombres o con las opiniones preconcebidas de otros, sino si se apoya sobre la observación o la experiencia, o sobre un uso recto de la razón y una desembarazada interpretación de la revelación; desdeñando el comentario de los hombres y reconociendo como su sola base la palabra de Dios.

Así respondería yo a una clase de objeciones. Pero anticipo otra clase de dudas, de una naturaleza muy diferente, que no surge de una disposición en aquellos que la abrigan, a sobrestimar su propio juicio y, consiguientemente, a menospreciar el de los demás, sino, más bien, de la consideración de la debilidad de todo humano razonamiento y de una resistencia a abandonar los puntos de vista adoptados en la primera juventud y concienzudamente conservados como un sacratísimo legado de aquellos que ya no existen; puntos de vista que se han desenvuelto bajo su estimación y que están ahora conexionadas con los más caros intereses de su corazón, porque han visto a los que los sostienen elevarse como un ejemplo que nunca se borrará de su memoria y que ninguna dificultad les impedirá imitar.

Puede fácilmente imaginarse que sobre tales fundamentos una madre puede inclinarse no sólo a no discutir la corrección de la teoría, sino más bien el derecho a ofrecerle una posición contraria a lo que ha tenido el hábito de reverenciar como verdad incontrovertida. ¿Abandonará principios mantenidos por aquellos que vigilaron con ansiedad los primeros pasos de su propio espíritu y que fueron incansables en sus esfuerzos para formarlo y para dirigirlo hacia la verdad? ¿Entregará ella su espíritu al examen de las teorías y quizá de las teorías de un extraño, mejor que seguir las inspiraciones de sus amigos? ¿Será necesario inquirir sobre la existencia de los hechos, en vez de ser guiados por la práctica de aquellos que la experiencia le ha enseñado a respetar y que su corazón está dispuesto a amar? ¿No sería difícil conseguirlo? ¿No podría el amor maternal suplir una deficiencia de conocimiento? Y si es así, ¿Dios prohíbe que los principios de educación puedan ser de algún modo conexionados con puntos de vista que la madre está acostumbrada a considerar como erróneos y quizá como peligrosos y opuestos al mismo tiempo a la verdad divina?

Ante tales dudas y de ese modo alegadas, debo contestar: ¡Madre! Yo me congratulo de tus dudas aunque tiendan a alejarte de los puntos de vista que yo sostengo y que muchos han sostenido antes que yo. Pero, vuestras dudas muestran aquel sentimiento que sobre cualquier otro, deseo ver vivo en el corazón de una madre. No te desvíes, pues, en tus arduos pasos de la mano que te ofrece aquel que, aunque no participe de tu razonamiento, honra, sin embargo, tus sentimientos, y te conducirá hasta donde está, en sus tendencias. Es probable que nunca te conozca. Mis días pueden estar contados, mi vidrio puede ser roto mucho antes de que puedas tener ocasión de oír que en una tierra distante, en un valle de sus Alpes nativos, vivió y vivió hasta la vejez, un hombre que no conoció una causa de más interés o de mayor importancia que aquella a la que está consagrado; cuya vida ha sido empleada en esfuerzos quizá débiles, pero en los cuales ha concentrado todas sus fuerzas para ayudar en su tarea a las madres y a aquellos que puedan actuar en su lugar y a aquellos que puedan

desenvolver el deber de guiar el espíritu en un período más avanzado de la juventud; un hombre que desea que los demás puedan desenvolver lo que ha comenzado y consigan aquello en que él ha fracasado; que procura que hablen sus amigos allí donde su voz no haya podido lograr un oyente y actúe donde sus propios esfuerzos pudieran haber pasado inadvertidos; un hombre que cree firmemente que hay un lazo invisible para unir todos aquellos cuyos corazones han abrazado la misma causa sagrada y que saludan con entusiasmo su aparición, cualquiera que sea la nación a que pertenecen y las opiniones a que estén adheridos; un hombre que, en sus sueños (y si fueran sueños no podría haber sueños más placenteros), ha pensado mucho como vosotros que tenéis corazón entusiasta y piedad genuina, pero que diferís de él y quizá ampliamente, en opinión.

Y, ¿a causa de esa, solamente de esa diferencia, no podrá haber ninguna comunión entre nosotros?

No penséis que yo tenga el deseo de convertiros a mi opinión. No; nunca os apartaréis de los principios que ahora seguís por motivos que sólo el razonamiento pueda sugerir, a menos de que vuestro corazón participe en ello. Hagamos que ésta sea la mejor piedra de toque por la cual examinéis las nociones que hayáis podido escuchar de los demás; y siempre actuaréis hacia lo mejor de vuestro conocimiento como os dirige vuestra conciencia.

Que ésta sea la mejor prueba para examinar las ideas que ahora se os ofrecen. Adoptar de ellas lo que os pida vuestro corazón. En cuanto al resto, quizá podáis sentir os inclinados a pensar que proceden de una convicción igualmente sincera y de intenciones no menos benévolas.

Pero, podéis considerar erróneas y aun quizá perniciosas algunas de ellas. Y podéis incluso encontrar a aquellos que las sostienen, en un terreno del cual tenéis que separaros.

Yo, por mi parte, me felicito de que mi credo no contenga ni exprese ninguna aprensión mía de esa índole respecto de vosotros. Porque es mi esperanza y en ella me complazco, que aquellos que han sido más ardorosos en sus deseos y más firmes en sus tentativas para hacer el bien, no se apoyen, verdaderamente, en ninguna fuerza o méritos propios, sino que reconozcan sus propios fracasos y atribuyan a Dios la gloria de sus éxitos; y constituye mi esperanza que puedan, con humildad de corazón, pero con la confianza de la fe, dirigirse en toda situación de su vida y en la expectativa de los días por venir, a la gracia Divina.

Carta IX

20 de noviembre de 1818

Mi querido Greaves:

Procuraré en ésta y en otras cartas posteriores, describir los hechos que pueden ser considerados como la primera manifestación del buen principio de que he hablado. Procederé, entonces, a señalar la falta común por la cual es frecuente o prescindir de él o incluso pervertirlo por un tratamiento indiscreto de modo que, en vez de actuar como un preservativo moral, en vez de ser un instrumento para la elevación espiritual, se convierte en un factor para la corrupción de los mejores poderes de la naturaleza humana.

Será desagradable insistir en este tema; será necesario aludir a la fuente de toda miseria mental y moral que nuestra carne ha heredado; será indispensable convencer a muchas madres imprudentes, de que lo que, está bien intencionado, no siempre está bien hecho, a imprimir enérgicamente en su espíritu el hecho de que por un modo de proceder que fluye de los motivos más benévolos, pero que no se ha contrastado con un juicio maduro, podrá perpetuar en sus hijos aquella miseria contra la cual quería precisamente protegerles.

Pero si, discurriendo sobre los fundamentos que tenemos ante nosotros, tendremos ocasión frecuente para lamentar la corta visión de algunos y la indolencia de otros, también tendremos ocasión para regocijarnos de que los medios por los cuales puede evitarse tal miseria y por los cuales puede asegurarse una mayor porción de felicidad, no están de ningún modo fuera del alcance de la madre. Verdaderamente, siempre que he encontrado una madre que se distinguía por el cuidado que prestaba a la educación de sus hijos y por el éxito que lograba, he comprobado que los principios con que actuaba y los medios que empleaba no fueron el resultado de una larga y difícil indagación, sino más bien de una resolución adaptada una vez y constantemente seguida, no dando un paso sin detenerse a

reflexionar un momento; y no he encontrado que esto lleve a ninguna ansiedad por su parte, ni a aquel estado de agitación continua que observamos alguna vez en el corazón de una madre que está siempre calculando las consecuencias remotas de bagatelas, con un temor casi febril.

Este último estado de espíritu indicado, que debe perturbar la jovialidad de su espíritu, tan esencial para una educación juiciosa y eficaz, va generalmente precedido y acompañado de una falta de discreción que puede llevar a consecuencias que determinan, a su vez, aprensiones innecesarias. Nada, por el contrario, está tan bien calculado para asegurar al espíritu una tranquilidad imperturbable como un frecuente ejercicio del juicio y un hábito constante de reflexión.

No sé si un filósofo pensaría esto; pero yo tengo confianza en que una madre no desdeñaría seguirnos en vista del estado en que permanece el niño algún tiempo después de su nacimiento.

Este estado, en primer lugar, nos sorprende como un estado de gran indefensión. La primera impresión parece ser la de disgusto, o al menos, de desasosiego. No hay, verdaderamente, la más ligera circunstancia que pueda recordarnos facultad alguna distinta de aquellas características de la naturaleza animal del hombre; y aun éstas se encuentran en la etapa inferior de desenvolvimiento.

Todavía hay en esta naturaleza animal un instinto que actúa con gran seguridad y que aumenta en fuerza conforme se repiten las funciones de la vida animal, día por día; a este instinto animal se le ve hacer los más rápidos progresos y llegar muy pronto al más alto grado de fuerza y de intensidad, aun cuando se haya prestado poca o ninguna atención a la protección del niño respecto de los peligros que le rodean o a fortalecerle con algo más que con la nutrición y el cuidado ordinario. Es bien conocido el hecho de que entre las naciones salvajes las facultades animales del niño son capaces de ejercicio y se desenvuelven con una rapidez que prueba suficientemente que aquélla parte de la naturaleza va paralelamente con el instinto en el resto de la creación animal.

Tan sorprendente es la semejanza, que encontramos frecuentemente puesta en ridículo toda tentativa para descubrir la huella de alguna otra facultad. Verdaderamente, que, mientras prestamos una atención asidua a aquella parte de la naturaleza humana en la primera etapa de la vida que no requiere sino poca parte de nuestro cuidado, somos demasiado aptos para prescindir y olvidar aquello que, en su primera aparición es ciertamente muy débil, pero que en su debilidad reclama nuestro cuidado y nuestra atención y que debe inspirarnos un interés por su desenvolvimiento, porque éste recompensará ampliamente nuestros esfuerzos.

Porque por sorprendente que sea esta semejanza nunca puede estar justificado que se olvide la distinción que existe entre el niño, aun en la primera época de la vida, y el animal, que puede, aparentemente haber hecho un progreso más rápido y puede ser muy superior en aquellas cualidades que constituyen un estado sólido y confortable de existencia animal.

El animal permanecerá siempre en aquel punto de fuerza corporal y de sagacidad a que le ha conducido tan rápidamente el instinto. Por toda la duración de su vida, sus goces, ejercicios y, si podemos decirlo, sus adquisiciones, seguirán siendo satisfactorias. Podrá retroceder a causa de la edad o de las circunstancias desfavorables; pero nunca avanzará más allá de la línea de perfección física que ha alcanzado en su pleno crecimiento. Una nueva facultad o una actuación adicional de las primeras es un acontecimiento ignorado en la historia natural de la creación animal.

No ocurre lo mismo con el hombre.

Hay algo en él que no deja de manifestarse, a su debido tiempo, por una serie de hechos, todos ellos independientes, de la vida animal. Mientras que el animal está siempre movido por el instinto, al cual debe su conservación y todos sus poderes y goces, un algo que afirma el derecho del hombre a conservar el imperio sobre todos sus poderes, a dominar y regir la parte inferior de su naturaleza y a llevarle a aquellos actos que le aseguren un lugar en la escala del ser moral.

El animal está destinado por el Creador a seguir el instinto de su naturaleza. El hombre está destinado a seguir un principio superior. Su naturaleza animal no debe permitirse ya que le rija tan pronto como ha empezado a desenvolverse su naturaleza espiritual.

Será objeto de mi próxima carta señalar a la madre la época en que puede esperar las primeras manifestaciones de una naturaleza espiritual en su hijo.

Carta X

27 de noviembre de 1818

Mi querido Greaves:

He oído observar con frecuencia que no hay una consideración más humillante que aquella de la primera condición del hombre cuando penetra en este mundo como un extranjero indefenso, igualmente incapaz de indicar sus necesidades que de pensar el modo de satisfacerlas o de ofrecer alguna muestra por la que pueda ser reconocido como un miembro de la creación racional.

Admito que todo esto debe recordarnos vigorosamente la debilidad de nuestra naturaleza y que puede preservarnos de la presunción de confiar en nuestros propios poderes, y creo que es adecuado para estimular toda reflexión que pueda refrescar en nuestro espíritu lo que éste tiende demasiado a olvidar. Pero aunque esta consideración no puede de ningún modo halagar nuestra vanidad, no puedo considerar, sin embargo, que sea tan singularmente humillante.

Plantéese el caso con todo el vigor que pueda necesitar la observación. Concedamos que han de pasar semanas antes de que el niño dé pruebas de alguna facultad superior a la de los animales irracionales. Agréguese que ningún animal está tan físicamente indefenso y tan destituido de poderes como el niño poco después de su nacimiento. Y concedamos que el comienzo de la vida humana ocupa el lugar más bajo en la escala de la vida animal.

Y, sin embargo, todavía confieso que no puedo encontrar en este hecho ninguna cosa humillante.

Ver brutalizado un ser racional. Puede considerarse como la más severa lección para quien siente el deseo de vindicar el carácter moral de la naturaleza humana. Pero esta observación tan humillante no tiene comparación alguna con el hecho que tenemos ahora ante nosotros.

Porque no se tiene conciencia de la diferencia inmensa entre un estado de existencia animal, al cual va a suceder la manifestación de la vida espiritual y una existencia de elevación moral y de responsabilidad, en la cual han sido suprimidos y cegados los gérmenes de aquella vida. En aquel caso miramos hacia adelante para ver la elevación progresiva, en el otro retrocedemos hacia la degradación sucesiva. Antes de que haya aparecido la luz de la inteligencia y antes de que la voz de la conciencia haya hablado, no puede existir error ni corrupción; pero donde la una ha sido oscurecida y la otra menospreciada, allí podremos lamentar la ceguera y el egoísmo del hombre.

En vez de apoyarnos, por tanto, exclusivamente en la necesidad de un principio intelectual y moral, debemos más bien vigilar su primera aparición; en vez de injuriar la obra del Creador, debemos reconocer su sabiduría al abrir en cada período cuando a El le complace los ojos de sus criaturas y mostrarles a la vez un mundo visible, lleno de milagros y un mundo espiritual lleno de bendiciones: en vez de lamentarnos, errónea e indiscretamente, de que El no nos haya creado más perfectos, debemos más bien examinarnos y ver lo lejos que estamos todavía del mundo de perfección que El ha colocado al alcance.

Hemos insistido mucho en esto porque el tema ofrece frecuentes ocasiones para observaciones frívolas e irreflexivas que pueden, quizá, entibiar el celo y el interés de las madres. Pero confío en que una madre consultará siempre su propia experiencia y su corazón más bien que la sofisticación de aquellos que no pueden sentir como ella.

Dejémosla considerar al extranjero que tiene sobre su regazo, como un ser destinado a una existencia mejor que aquella en que le mira ahora inconscientemente, por aquel apoyo que la Providencia ha colocado como medios en sus manos para poderlo prestar. Dejémosla según aquella afección instintiva que no le permite ser insensible a las necesidades de su hijo; dejémosla mirar hacia adelante, al tiempo en que su hijo verá vivos en él un sentimiento del deber y una esperanza de otro mundo, y dejémosla no olvidar que siendo ese el destino de su hijo a ella corresponde la tarea de prepararle y enseñarle las etapas más difíciles de su camino.

Y cuando hayan pasado las primeras etapas de ansiedad por su parte y de inconsciencia por parte de su hijo; cuando se haga monótona y fatigosa la atención necesaria requerida, entonces la madre

sentirá un anhelo de algo que anime la escena, que refresque el interés y que le estimule a nuevos ejercicios.

No se desilusionará, porque vendrá el día en que el niño no se aproxime ya a la madre porque su atención y su apoyo son para él una fuente de satisfacción animal. Vendrá el día en que sus ojos espíaran los ojos de la madre; en que leerá en ellos un lenguaje nuevo y, sin embargo, no desconocido, en que aquella mirada de amor dará vida a la primera sonrisa que juegue en los labios del niño.

Con este hecho comienza una nueva era en la vida del niño. Ha entrado en una nueva etapa de existencia; ha vindicado su carácter como un ser superior al resto de la creación animal.

La sonrisa de gozo y las lágrimas de simpatía son negadas a la raza animal. Son concedidas al hombre; constituyen un lenguaje tácito, común a todos y por todos comprendidos, porque todos lo sienten. Son los primeros signos de sentimientos que pertenecen exclusivamente al hombre.

Son el primer testimonio cuya significación no puede confundir respecto de las emociones internas. El carácter de estas emociones puede cambiar; pueden ser momentáneas o permanentes, y sus objetos pueden extenderse en una variedad ilimitada; pero los signos que la Naturaleza les ha señalado son siempre los mismos, y así continuará a través de la vida el índice infalible de los sentimientos; se vean envueltos en un sufrimiento silencioso o encantados en una tranquila serenidad; sea el pecho agobiado con agonía o ensanchado con deleite.

Carta XI

5 de diciembre de 1818

Mi querido Greaves:

He procurado en mi carta última justificar sobre fundamentos filosóficos la importancia que toda madre está inclinada a atribuir a la época en que la mirada de su hijo tropieza por primera vez con la suya; cuando la expresión de amor que ella adopta, suscita una expresión semejante en los rasgos del niño.

Este hecho, que una madre siempre recibirá con un deleite inconcebible, para aquel que no puede participar de sus sentimientos, pudiera llevarle a un curso de consideraciones que nunca se arrepentirá de haber pesado debidamente y en las cuales no intentaré nunca seguirla.

La primera gran verdad, que no puede sino sorprenderla en un comienzo, es ésta, por la bondad, por una manifestación del amor maternal, es por lo que ella ha producido la primera impresión visible sobre los ojos y los rasgos de su hijo. Y se verá plenamente justificada por la experiencia, si reconoce en esta impresión el primer influjo de su conducta individual sobre el corazón de su hijo.

Que nunca olvide este hecho. La Providencia, ordenando que ocurra así en el curso de la naturaleza, le ha indicado una verdad rectora si ella lo advierte y reconoce así un principio infalible de la educación. En la formación del carácter, así como en el modo de dar la enseñanza, la bondad debe ser el primer principio regulador. Cierto que es el más poderoso. El temor puede hacer mucho y pueden emplearse otros motivos con éxito aparente; pero, para interesar el espíritu y formar el corazón, nada es tan permanentemente influyente como la afección: es el modo más fácil de alcanzar los fines superiores.

He llamado al hecho de que estoy hablando, una manifestación de la naturaleza espiritual del hombre. Como tal, invitará a la madre a adoptar un nuevo punto de vista con relación a su hijo.

El niño es, como ella misma, un ser dotado de facultades espirituales, con facultades superiores a la vida animal, y en gran parte, independientes de ella. Mientras menos desenvueltas estén en su estado actual, mayor atención requieren.

La Providencia le ha dotado de los medios de atender las necesidades animales del niño. Hemos visto que el niño está también dotado de un instinto animal que facilita la tarea. Pero, los ojos del niño,

cuando encuentran los de la madre, no buscan la mera satisfacción de una necesidad presente, o sólo aliviarse de una sensación presente de malestar: buscan algo más y que se refiere a la primera necesidad de la naturaleza espiritual; busca la simpatía.

El instinto animal es un principio que no conoce un objeto más alto que el yo mismo. La conservación del yo es el primer punto que procura asegurar, y su deseo primitivo del goce del yo es todavía el centro de su actuación.

No ocurre lo mismo con el espíritu o con los afectos del corazón. El hecho que habla más indiscutiblemente a favor de la naturaleza espiritual del hombre es el sacrificio de la comodidad o del goce personal en beneficio de la felicidad de los otros; la subordinación del deseo individual a propósitos más elevados.

Un filósofo moralista ha dicho, que siempre que el espíritu se refleja sobre lo futuro o sobre lo invisible, con preferencia a los objetos presentes y visibles, el espíritu afirma su derecho.

Si conexionamos esta observación con las indicaciones anteriores, podemos deducir de ellas unas cuantas reglas sencillas y prácticas, por las cuales la madre puede capacitarse, sin ninguna pretensión a indagaciones profundas y laboriosas, a hacer muchas cosas que comprobará, como beneficiosas para los altos intereses de su hijo y en favor de la mejor parte de su naturaleza.

Toda medida que podamos recomendarla en un período tan primitivo, debe, desde luego, ser practicable sin ninguna instrucción; no debe inducirla a salirse del camino que la naturaleza le ha señalado; no debe ser de una naturaleza que pueda ser modificada o dificultada por su situación en la vida cualquiera que pueda llegar a ser: debe, de hecho, limitarse a la manera y el espíritu con que lo que ha hecho cada madre, ya que tiene ésta el deseo y, a la vez, la facultad de hacerlo por su hijo.

Carta XII

8 de diciembre de 1818

Mi querido Greaves:

Hemos visto que el instinto animal tiene siempre la intención de una gratificación instantánea, sin preocuparse nunca de la comodidad ni del interés de los otros.

Mientras no ha despertado ninguna otra facultad, este instinto y su dominio exclusivo sobre el niño no puede ser considerado propiamente como una falta; no hay, en realidad, ninguna conciencia en ello; si es egoísta en apariencia, no lo es voluntariamente; y el Creador mismo parece haber ordenado que sea tan enérgica y exclusivamente prevalente, mientras la conciencia y otras facultades no pudieran contribuir a asegurar ni siquiera la primera condición de la vida animal, la propia conservación.

Pero, si después de la primera indicación de un principio más elevado, se permite todavía a este instinto, que actúe de un modo ilimitado y sin control, como antes, entonces comenzará a estar en pugna con la conciencia y cada paso en que persista hará progresar el egoísmo del niño a expensas de su mejor y más amable naturaleza.

Deseo que esto sea claramente comprendido; y quizá lo consiga mejor explicando las reglas que concibo desprenderse de ello, para el uso de la madre, que permaneciendo en la posición abstracta. En primer lugar, que la madre se adhiera firmemente a la buena y antigua norma, de prestar atención regular a su hijo; proseguir en lo posible el mismo curso; no olvidar nunca las necesidades de su hijo cuando son reales y no ser indulgente con ellas cuando son imaginarias o cuando sean expresadas con inoportunidad. Mientras más temprana y más constante sea su adhesión a esta práctica, mayor y más duradero será el beneficio real que resulte para su hijo.

La facilidad y las ventajas de semejante plan, si es constantemente practicado, serán pronto percibidas.

La primera ventaja será por parte de su madre. Se verá ella menos sujeta a interrupciones; será menos inclinada a momentos de mal humor; aunque se tiene su paciencia, no se quebrantará su temperamento; en todas las ocasiones obtendrá una satisfacción real de su contacto con el niño, y sus deberes no le recordarán con más frecuencia que sus goces, que es una madre.

Pero la ventaja será mayor por parte del niño.

Toda madre podrá hablar por experiencia propia de los beneficios que proporcionará a sus hijos un determinado trato o de las consecuencias desfavorables de un proceder contrario. En el primer caso sus necesidades serán escasas y fácilmente satisfechas; y no hay un criterio más infalible de una salud perfecta. Pero si, por el contrario aquella regla ha sido olvidada; si por el deseo de evitar algo semejante a la severidad, la madre se ha visto tentada a una ilimitada indulgencia, pronto se verá que este tratamiento por bien intencionado que fuera, no deja de ser perjudicial. Será una fuente de continua incomodidad para ella, sin ninguna satisfacción para su hijo; habrá sacrificado su propia felicidad sin asegurar la de él.

Que las madres que han tenido la desgracia de incurrir en esta falta nos digan si no han tenido ocasión suficiente para arrepentirse de su indulgencia enfermiza, a menos de caer en el gran infortunio de sustituirla por el otro extremo -el hábito de la indolencia y del frío olvido-. Y que el niño que se desarrolló durante su primera juventud en un exceso de indulgencia nos diga si no ha sufrido las consecuencias; si precipitándose de una en otra excitación, ha sentido nunca aquella salud y tranquilidad, aquella igualdad de espíritu que es el primer requisito para el goce racional y para la felicidad duradera.

Que nos diga si tal sistema es apto para dar sabor a los deportes inocentes y a los rasgos inolvidables de la infancia; si proporciona energía para resistir la tentación o para compartir el noble entusiasmo de la juventud, y si, por último, asegura firmeza y éxito en los ejercicios de la virilidad.

No todos hemos nacido para filósofos; pero todos aspiramos a una sólida situación, lo mismo de cuerpo que de espíritu, y el rasgo esencial de ella es desear poco y satisfacerse aún con menos.

Carta XIII

12 de diciembre de 1818

Mi querido Greaves:

El mejor beneficio que resulta de tratar al niño según la buena antigua regla, es de naturaleza moral.

Cuando hablo del beneficio o del perjuicio moral, no pierdo de vista la tierna edad a que lo adscribo. No hablo ahora de un niño en quien la razón se haya desenvuelto ya en algún grado y al cual podáis intentar con alguna esperanza de éxito explicar las ideas de lo recto o de lo erróneo, sobre las cuales se fundan nuestros deberes privados y la fábrica de nuestro sistema social.

No; yo hablo de aquel período de la infancia en que muchos y quizá la mayor parte de los filósofos entienden que falta totalmente o duerme al menos toda facultad moral.

Si, por consiguiente, todo lo que tenemos que decir sobre la materia parece visionario, sólo tengo que replicar que estoy dispuesto a rechazarlo si la experiencia me convence de su nulidad.

Hasta entonces debo mantener que la mejor naturaleza del niño debe ser estimulada tan pronto como sea posible para luchar contra el poder creciente del instinto animal, al cual considero como la base de la naturaleza inferior del hombre.

La actuación de este instinto animal se hará más patente en los días subsiguientes de la vida del niño. Este instinto, no más contenido ahora que en sus primeros esfuerzos, que fueron necesarios para la propia conservación, crece rápidamente en fuerza. El ardor de estos anhelos del niño forma un fuerte contraste con sus poderes físicos. Se apoderaría de todos los objetos que percibe: no hay nada

que despierte su curiosidad que al mismo tiempo no suscite sus deseos; y la inconcebible obstinación de este anhelo aumenta en la misma medida en que se coloca el objeto fuera de su alcance.

Todo lo que hay de tosco y poco amable en el niño pequeño se encontrará conexionado de un modo u otro con la acción de este instinto animal. Porque incluso la impaciencia del niño mientras está bajo el influjo de circunstancias que pueden causarle dolor físico, no es más que una reacción de ese instinto.

Si consideramos el estado del niño con sus deseos y su impaciencia, veremos que proporciona un paralelo sorprendente con la imagen del hombre que está bajo el influjo de sus pasiones.

Es costumbre decir que la pasión debe ser vencida por principio y que nuestros deseos deben ser regulados por la razón. Pero en el tiempo en que no podemos apelar a los unos ni a la otra, la Providencia nos proporciona un agente todavía más poderoso en nuestro auxilio: el amor maternal.

El único influjo a que es accesible el corazón mucho antes de que el entendimiento pudiera haberlo adoptado o rechazado como un motivo, es el afecto, y es un hecho el de que ninguna persona pueda estar tan bien cualificada para ganar el afecto de un niño como la madre.

Si, por consiguiente, yo encuentro afirmado por un escritor eminente que, para establecer vuestra autoridad sobre los hijos, el miedo y el temor debe proporcionaros el primer poder sobre su espíritu, y el amor y la amistad debe sostenerla en los años ya maduros, sólo puedo imaginar que un error ha llevado a ese escritor a una afirmación que está en lucha abierta con los claros sentimientos expresados en otras muchas páginas de tan valiosa obra.

Porque aun suponiendo por un momento que la conducta que parece ser recomendada en el pasaje anterior la encontráramos práctica y beneficiosa, como estoy convencido de que no lo es, aún así no comprendo cómo pudiera aplicarse en el tiempo de que hablo.

El temor implica un conocimiento de las consecuencias de una acción o de un acontecimiento. Implica una conciencia de la causalidad; y la causalidad, a su vez, presupone una facultad de observar, comparar y combinar una variedad de hechos y deducir de ellos una conclusión.

Seguramente que el ingenioso escritor que he citado no concedería al niño crédito para un curso de razonamiento tan complicado, tan extraño al estado de sus facultades mentales.

Entonces, tenemos que rechazar el temor. Aunque no fuera indigno como motivo de acción, de un ser humano, no sería aplicable en el primer período de la vida, que, ciertamente no es el menos importante.

Por miedo o respeto puedo entender o un sentimiento vago e indistinto, que echa un velo sobre el espíritu y actuando sobre la imaginación y el sistema nervioso, nada tiene que hacer con el razonamiento, y ni es apto para dirigir las facultades en una cierta línea de acción, o bien, el temor puede decirse que se origina en una convicción de la superioridad moral de otro ser, que invade el espíritu y mueve al corazón a mirar con veneración temas que el intelecto es incapaz de acotar y limitar, y a seguir preceptos que han recibido su sanción de la Sabiduría Infinita.

Que el miedo, en el primer sentido indicado, tenga alguna afinidad con las primeras sensaciones de un niño, lo admito. Pero en este sentido lo mismo puede decirse de todo lo perteneciente a la infancia originado en un sentimiento de indefensión o de dolor ocasional. Puede decirse entonces, que es un mero fenómeno físico; y como tal, entiendo que sería poco cualificado como un motivo que deba emplearse en la educación moral. Además, no podría servir como motivo porque por su propia naturaleza es una mera sensación transitoria y no puede llevar, desde luego, a una línea de conducta constante, ni contribuir a formar un hábito moral. El miedo, en el otro sentido, parece presuponer algo más que una idea a la cual el niño es todavía extraño y continuará siéndolo por algún tiempo. El valor moral sólo puede ser apreciado cuando hay una conciencia de la energía moral. Y si pierde su carácter de sentimiento moral se disolverá en el temor. Pero en el mejor sentido, el sentimiento de miedo, que es esencial en la formación de las ideas religiosas y en la comunicación de las impresiones religiosas debe reservarse para aquel período en que por primera vez aparezca la consideración de aquel Ser al cual puede decirse que, con exclusión de todos los seres finitos, es debido aquel sentimiento en un grado preeminente.

Carta XIV

17 de diciembre de 1818

Mi querido Greaves:

Por las razones alegadas en mi última carta, me creo autorizado a pensar que el amor maternal es el agente más poderoso y que el afecto es el motivo primitivo en la primera educación.

En el primer ejercicio de su autoridad, la madre tendrá, por consiguiente, la precaución de que cada etapa pueda ser justificada por su conciencia y por la experiencia; hará bien en pensar en su responsabilidad y en las consecuencias importantes de sus medidas para el bienestar futuro de su hijo; encontrará que la única visión correcta de la naturaleza de su propia autoridad consiste en mirarle como un deber más que como una prerrogativa y no considerarla nunca como absoluta.

Si el niño permanece quieto, si no es impaciente ni intranquilo, será por cuenta de la madre.

Desearía que toda madre prestase atención a la diferencia que hay entre un curso de acción adaptado en combinación con la autoridad y una conducta perseguida por cuenta de otro.

El primero procede del razonamiento y la segunda del afecto. El primero puede ser abandonado cuando la causa inmediata ha cesado de existir; el último será permanente puesto que no depende de las circunstancias ni de consideraciones accidentales, sino que está fundado en un principio moral y constante.

En el caso que ahora tratamos, si el niño no defrauda la esperanza de la madre, será una prueba primero de afecto y después de confianza.

De afecto, porque el primero y más inocente deseo de halagar, del niño, es halagar a la madre. Si se discute el que pueda o no existir este deseo en un grado tan poco avanzado de crecimiento, otra vez, como en las demás ocasiones, apelaría a la experiencia de las madres.

Y también es una prueba de confianza. Cuando se ha abandonado a un niño y no se ha prestado las atenciones debidas a sus necesidades, y cuando, en vez de la sonrisa de bondad, se le ha tratado con el ceño de la severidad, será difícil restaurar en él aquella quieta y amable disposición en que pueda esperar la satisfacción de sus deseos sin impaciencia y gozarlos sin ansia.

Si el afecto y la confianza han ganado una vez terreno en su corazón, será el primer deber de la madre hacer todo lo que esté en su mano para estimular, fortalecer y elevar este principio.

Ella debe estimularlo, o la emoción todavía tierna se sumergirá y al dejar de estar ligados sus hilos con la simpatía cesarán de vibrar y quedarán en silencio. Pero el afecto no ha sido nunca estimulado sino por la afección; y la confianza no ha sido ganada nunca sino por la confianza; el tono de su propio espíritu debe elevar el de su hijo.

Porque ella debe intentar también fortalecer este principio. Ahora bien, sólo hay un medio para fortalecer cualquier energía, y este medio es la práctica. El mismo esfuerzo constantemente repetido, se hará cada vez menos difícil y todo poder mental o físico actuará, mediante el ejercicio, con creciente seguridad y éxito, conforme se vaya haciendo familiar por costumbre. No puede, por consiguiente, haber una actitud más segura para la madre, que la de procurar cuidadosamente que sus procedimientos puedan ser calculados sin interrupción o disonancia, para excitar el afecto y para asegurar la confianza de su hijo. No debe dar paso al mal humor ni al tedio ni un solo momento; porque es difícil decir cómo puede ser afectado el niño por las más insignificantes circunstancias. No puede examinar los motivos ni puede anticipar las consecuencias de una acción: con poco más que una impresión general del pasado, es enteramente inconsciente del futuro; y así, el presente abrumba el espíritu del niño con el pleno peso del dolor o lo ablanda con el encanto íntegro de las emociones placenteras. Si la madre considera esto, bien podrá ahorrar a su hijo el sentimiento de muchos dolores que, aunque no se recuerden como ocasionados por ocurrencias especiales, pueden dejar, sin embargo, como una nube en su espíritu y debilitar gradualmente aquel sentimiento que su interés y su deber, conjuntamente, le aconseja mantener despierto.

Pero no es bastante para ella estimular y fortalecer, debe también elevar aquel mismo sentimiento.

No debe quedar satisfecha con el éxito que la benevolencia de sus propias intenciones, y quizá, la disposición y temperamento de su hijo, pueden haber facilitado: debe recordar que la educación no es un proceso uniforme y mecánico, sino una obra de mejoramiento gradual y progresivo. Su éxito presente no debe lanzarle a la seguridad o la indolencia; y las dificultades que pueda casualmente encontrar, no deben debilitar su celo ni detener sus tendencias. Debe llevar en el espíritu el fin último de la educación; debe estar siempre dispuesta a compartir la obra que, como madre, está obligada a desenvolver: la elevación de la naturaleza moral del hombre.

Carta XV

24 de diciembre de 1818

Mi querido Greaves:

De todos los afectos de nuestra naturaleza, los más merecedores de estímulo, los más ligados con las normas de la verdadera humanidad son, indudablemente, aquellos que no están confinados sobre objetos perecederos; que no solamente actúan sobre la imaginación sino que son adecuados para expansionar el espíritu y para inspirar el corazón con un noble celo por todo lo que es verdaderamente excelente.

Esta consideración tiene incalculable importancia para el interés de la educación moral. Debe formar la verdadera base de todo lo que un plan de educación puede proponer o un sistema comprender.

Si es necesario aprovisionar el espíritu con conocimiento, iluminar el intelecto y explicar principios correctos de moralidad; si es deseable formar el gusto, lo es más todavía, llega a ser indispensable dirigir, purificar, elevar los afectos del corazón; y nunca será demasiado primitivo un período para comenzar a proceder según este principio.

He sido llevado a estas observaciones por la idea expresada en la parte concluyente de mi último capítulo, de que el afecto y la confianza que el niño profesa a la madre debe ser elevado y al mismo tiempo estimulado y fortalecido. No serán, quizá, superfluas otras cuantas palabras para explicar esta proposición.

Si los afectos del niño hubieran de permanecer concentrados para siempre en el foco de su amor a la madre; si su confianza hubiera de confinarse siempre en ella, aun cuando ella pudiese haber merecido el tributo de una inquebrantable gratitud, es indudable que el niño tendría, más pronto o más tarde, en la carrera de su experiencia, el dolor y la desilusión más severas, para las cuales no encontraría remedio por aquella exclusiva dirección de su naturaleza moral. Vendrá el tiempo en que el lazo, por sagrado que sea, que le une visiblemente con su madre, será quebrantado; y si está ordenado que sea rudamente roto o gentil y gradualmente debilitado, el efecto último será el mismo igualmente penoso y aflictivo.

Ni aun el más sincero abogado del afecto filial, porque pocos sentimientos pueden ser más puros y profundos, ni el que más íntimamente penetrado de este sentimiento pueda estar, desearía defender el ascenso exclusivo y constante de aquel principio sobre el espíritu. Si no queremos perder enteramente de vista los más altos destinos y los más exaltados deberes del hombre, no podemos ocultarnos a nosotros mismos que éste no ha sido creado tan noble en razón y tan infinito en facultades para consagrar toda su existencia a este afecto por un individuo, cuando una visión más comprensiva de sus deberes, lo mismo para su Hacedor que para sus semejantes, pone ante él millares de testimonios cuyas voces no puede dejar de escuchar.

Es claro, por consiguiente, que el afecto del niño por la madre, sólo ha de ser apreciado en la proporción en que sirve para imprimir en el espíritu del niño aquellas emociones y más tarde para hacerle familiares aquellas consideraciones que pertenecen a los fines últimos del Creador en la formación del hombre hasta donde esos fines pueden ser comprendidos.

Si una madre tiene conciencia de esto, no encontrará difícil tomar el punto de vista adecuado del afecto que la Providencia ha implantado en su hijo. La considerará como el germen sobre el cual debe ser injertado todo mejor sentimiento. Se verá llevada a considerarse como el instrumento escogido por la Providencia para purificar aquel afecto y para transferir su actuación más intensa a un objeto todavía más valioso. Comenzará entonces a comprender que se enseña tan pronto el niño a confiar en el orden para que un día esta confianza pueda ser centrada y elevada a la confianza de una fe que no sea sacudida por el peligro ni manchada por la corrupción.

Permítaseme aludir aquí, querido amigo, a una circunstancia ocasional que me habría invitado a estas reflexiones, aunque no me hubiese movido a ello el conversar con usted sobre el mismo tema. La fecha de esta carta quizá recuerde a usted una costumbre de mi país que habrá observado en su convivencia con nosotros. Los días en que nuestras iglesias conmemoran la Natividad de nuestro Señor, se han adoptado, de tiempo inmemorial, como una ocasión para que los niños de cada familia reciban de sus padres y amigos, regalos y pruebas de afecto. ¿Necesito recordaros aquellas escenas de gozo inocente y cordial de que erais testigo entre nuestros niños? Ellas llevaban al espíritu de cada observador una prueba relevante de lo poco que se requiere para la más intensa satisfacción y para inspirar una gratitud infinita, cuando hay un caudal efectivo de afecto y cuando se conserva aquella sencillez de corazón que debe procurar la educación mantener todo el tiempo posible. Visteis que aquellos días eran entre nosotros una fiesta real de afecto en su sentido más pleno y más agradable; y ciertamente que no habréis encontrado que los niños cuyos corazones estaban entonces justamente bajo el influjo del afecto, fueran menos accesibles al llamamiento de una devoción cordial y sincera.

He mencionado esta circunstancia porque ofrece un tema copioso para la reflexión sobre el asunto que he tratado.

Sobre hechos como éste, que la experiencia sugiere a los padres en un tiempo u otro, fundamentaría yo la prueba práctica de la proposición de que los afectos y especialmente el primer afecto de los hijos hacia sus padres, puede estar íntimamente conexionado y conducir esencialmente al hecho de ser imbuido con estas impresiones, cuyo objeto es más importante que toda consideración humana y más sagrado que todo humano lazo.

Carta XVI

31 de diciembre de 1818

Mi querido Greaves:

Si la madre se ha acostumbrado a tomar el punto de vista a que he aludido en mi última carta, respecto del afecto y la confianza de su hijo, todos sus deberes se le aparecerán bajo una nueva luz.

Considerará, entonces, la educación, no como tarea que para ella estuviera invariablemente conexionada con mucho trabajo y dificultad, sino una tarea cuya dificultad y en gran medida cuyo éxito dependen de ella misma. Miraría sus propios esfuerzos respecto de su hijo, no como una materia de indiferencia o de conveniencia, sino como la obligación más sagrada y más grave. Se convencería de que la educación no consiste en una serie de admoniciones y correcciones, de recompensas y castigos, de consejos y direcciones, reunidas sin unidad de propósito o dignidad de ejecución; sino que debe ofrecer una cadena ininterrumpida de medidas que se originan en el mismo principio -en un conocimiento de las leyes constantes de nuestra naturaleza; practicado con el mismo espíritu, un espíritu de benevolencia y de firmeza; y conducente al mismo fin-, la elevación del hombre a la verdadera dignidad de un ser espiritual.

Pero la madre ¿será capaz de espiritualizar las facultades que se desenvuelven y las emociones nacientes del niño? ¿Será capaz de vencer lo que ponen en su camino la preponderancia y la naturaleza animal?

No; a menos de que haya abierto primero su corazón al influjo de un principio superior; al menos de que los gérmenes de un amor espiritual y de la fe que tiene que desenvolver en su hijo hayan logrado cimentación en los mejores afectos de su propio ser.

Aquí, entonces, será necesario para la madre pararse y examinarse para ver hasta dónde podrá esperar el éxito, para inculcar aquello que en el curso de su vida puede haber sido quizá más extraño

de lo que a sí misma se confiese. Pero que sea por una vez sincera; y si el resultado de su examen es menos favorable a sus propias esperanzas y menos halagador para su amor propio, que su resolución sea también más sincera y vigorosa para poder prescindir en lo futuro de todas aquellas predilecciones menores, para contrariar todos aquellos deseos que puedan desviarla de su nueva tarea y para entregar su corazón a aquello que promoverá su felicidad final y la de su propio hijo.

Por difícil que pueda parecer en un principio abandonar el pensamiento de muchas esperanzas y diferir la realización de otras, esa batalla se dará, sin embargo, por la mejor causa, y si se afronta seriamente, nunca será estéril; porque no hay un acto de resignación ni un solo hecho en el mundo moral, por distinguido que sea, del que no pueda ofrecer un paralelo el amor maternal.

Si la madre tiene conciencia de la sinceridad de sus propias intenciones, si ha levantado el tono de su propio espíritu y ha elevado los afectos de su ser sobre la esfera de las aspiraciones subordinadas y frívolas, pronto será capaz de lograr la eficacia de su influjo sobre el niño.

Su criterio mejor y casi infalible será el de que consiga realmente acostumbrar a su hijo a practicar la abnegación. De todos los hábitos morales que puedan ser formados por una educación juiciosa, el de la abnegación es el más difícil de adquirir y el más beneficioso una vez que se adopta.

Le llamo hábito, porque aun cuando se apoya en un principio, sólo por engendrarse un hábito, da pruebas de su vitalidad aquel principio. La práctica de todas las demás virtudes, y más especialmente muchas de las acciones que son admiradas y tenidas como ejemplos, pueden ser resultado de una regla moral bien comprendida que haya sido teóricamente conocida desde mucho tiempo antes de aplicarse a un caso práctico; o, también pueden proceder de un entusiasmo momentáneo que actúa con poder irresistible sobre un espíritu que abriga nobles sentimientos. Pero, una práctica de abnegación consciente y voluntariamente seguida, sólo puede ser fruto de un hábito largo y constante.

La primera dificultad que encontrará la madre en sus primeras tentativas para formar aquel hábito en su hijo, no está en las inoportunidades de éste, sino en su propia debilidad.

Si ella no es capaz por sí misma de renunciar a su propia comodidad y a sus frívolos deseos, ante su amor maternal, no debe pensar en obtener ese resultado en el niño por su propia cuenta. Es imposible inspirar un sentimiento moral si no se está penetrado de él. Para hacer amar a los otros una virtud, hay que empezar por mirar su deber con placer. Si ha conocido la virtud solamente como una diosa pavorosa, -con aire y vestidura austera, y amenazador rostro severo-, nunca obtendrá aquel dominio sobre el corazón que no cede a la autoridad, sino que se ofrece como el libre don de la afección.

Pero si la madre ha tenido en la disciplina de los primeros años, o en la experiencia de su propia vida, una escuela de abnegación; si ha alimentado en su propio corazón el principio de la benevolencia activa; si conoce la resignación no por el nombre solamente sino por la práctica, entonces su elocuencia, la vigilancia de su amor maternal y su ejemplo, serán persuasivos y el niño bendecirá en el porvenir su memoria y la honrará con su virtud.

Carta XVII

7 de enero de 1819

Mi querido Greaves:

Tengo vivos deseos de dilucidar algunas afirmaciones de mi carta anterior, concernientes a las primeras prácticas de la abnegación. Permítaseme para este propósito resumir el tema de mi última; y si parece que insisto demasiado sobre un tema favorito o que recorro a él con demasiada frecuencia, espero que atribuyáis al menos esta circunstancia no solamente a la locuacidad de la vejez, sino también a mi convicción de la importancia vital del tema.

Mientras más veo la miseria mental y moral que sufren millares de criaturas; mientras más frecuentemente he observado la riqueza sin contenido y el esplendor sin felicidad entre las clases superiores; mientras más de cerca he investigado las primeras corrientes de esas poderosas convulsiones que han sacudido el mundo y han hecho resonar aún en nuestros pacíficos valles los

gritos de guerra con los lamentos de desesperación; más he confirmado mi punto de vista de que las causas inmediatas de todo esto y de otras muchas miserias que no he mencionado, han surgido de una indebida superioridad que han asumido los deseos de la naturaleza inferior del hombre sobre las energías del espíritu y los mejores afectos del corazón.

Y no puedo ver ningún remedio dentro del alcance del poder humano para evitar el progreso ulterior de esta miseria y la desmoralización consiguiente de nuestra raza, sino en el primer influjo de las madres para quebrantar con firmeza el creciente poder del egoísmo animal y vencerlo por el afecto.

Éste es el fin a que deseo que contribuya la práctica de la abnegación. Por esta razón insisto sobre la circunspección que ha de emplearse por las madres al controlar los deseos de los niños.

Por esta razón requeriré una y otra vez a la madre para que sea vigilante en su cuidado, para hacer todo lo que esté en su poder y hacerlo con alegría para que ninguna de sus necesidades reales permanezca inatendidas. Porque no sólo es su deber hacerlo así para proporcionar al niño el bienestar físico, sino porque un olvido de este deber tiene que evitarse con más ansiedad, ya que puede echar una sombra sobre su propio afecto y provocar si no dudas, un sentimiento al menos de inquietud que puede llevar más tarde a ellas.

Pero, por esta misma razón, aconsejaría a la madre que estuviese continuamente en guardia contra su propia debilidad; no ser nunca indulgente con los apetitos del niño que puedan ser estímulos para otros deseos ulteriores que serán, a lo mejor superfluos, y nunca fomentar las impertinencias.

Puede llamar afecto a lo que yo llamo debilidad.

Pero, que esté persuadida de que el carácter del verdadero afecto es muy diferente. El afecto a que ella cedería es puramente animal; es un sentimiento que no puede explicar ni resistir. Puede convertirse también para ella en la base de un sentimiento más elevado de amor maternal espiritualizado. Pero para experimentar este último, tiene que abrir su propio corazón al influjo de los puntos de vista y de los principios espirituales. Debe conocer lo que debe amar y rechazar, para renunciar y ser humilde. Debe conocer un objeto superior de sus deseos, una fuente más pura de gozo que la satisfacción presente. Debe pesar la experiencia del pasado y ponderar los deberes del futuro. Su propio interés y su propio deseo no deben tropezar con más momentáneas obligaciones, ni debilitar su adhesión y su celo por el bienestar de los otros. Sus afectos no deben centrarse en el yo; sus deseos y sus esperanzas no deben limitarse a las cosas de este mundo.

Lo que ha nacido de la carne tiene que perecer. Si tal fuera su afecto al niño, moriría antes de ser ella capaz de hacer nada por su real interés. Pero si su afecto es de un origen superior y si sus esfuerzos llevan el sello de un espíritu en calma, apacible y consciente, le capacitará para vencer su propia debilidad y para elevar por una juiciosa dirección las emociones nacientes de su hijo.

Para aquellos que no han tenido una oportunidad de observarlo frecuentemente, es imposible formarse una idea de la rapidez y vehemencia con que crece el instinto animal si se le deja abandonado sin el freno saludable del influjo maternal. Pero el medio tan frecuentemente empleado por las madres para restringir su crecimiento, que es el temor al castigo, puede tender solamente a hacer peor el mal. El mero acto de prohibir es una fuerte excitación al deseo. El temor no puede actuar como un freno moral; sólo puede actuar como un estímulo para el apetito físico; exaspera y enajena el espíritu.

Esto se gana entonces con la severidad. Sus consecuencias son, indudablemente, tan funestas como las de la indulgencia. Contra el abuso de ambas sólo puedo repetir la recomendación de afecto y firmeza.

De estos dos principios guías derivará la madre la satisfacción de ver que cuando su hijo por la incapacidad de comprender sus motivos, no puede respetarla como una madre discreta, la obedecerá por la bondad de sus maneras, como a una madre amante.

Carta XVIII

14 de enero de 1819

Mi querido Greaves:

He aludido ya al período en que el niño es separado del influjo inmediato del amor maternal.

Es natural que una madre mire este período con mucha ansiedad respecto al porvenir. Llegará el momento y llegará siempre demasiado pronto para ella, en que pueda darse la satisfacción de dirigir ella misma y de vigilar y asistir los progresos de su hijo. Millares de aprensiones brotarán de su pecho; millares de peligros reales o imaginarios aparecerán cercando cada paso; y millares de tentaciones parecerán espiar los goces y las tareas de la vida en que los niños habrán de centrarse ahora. Estas aprensiones serán sentidas ahora más pronto que en tiempos pasados por el hijo, porque el sistema actual de la sociedad le liberta antes del influjo inmediato de la madre. Y aun cuando pueda estar todavía bajo el cuidado de un pariente afectuoso o de un maestro juicioso y benévolo, una madre sentirá, sin embargo, un vacío, cuando llegue la ocasión de separarle por primera vez de su lado.

Entonces estará dispuesta a trazar todas las diversas etapas de su gradual desenvolvimiento: la pequeña historia de sus hábitos presentes, los momentos en que mejor consiguió darle impresiones saludables y en que su afecto prometía vencer la parte menos amable de su temperamento; ella estará dispuesta a insistir más particularmente sobre aquellos hechos que pueden justificar una esperanza de que su labor no haya sido en vano; que un día verá el fruto de sus primeros cuidados.

Pero al mismo tiempo que está dispuesta a complacerse en el horizonte que se le abre, su imaginación y, en verdad, su afecto, se ocupará en bosquejar las diversas escenas de su vida futura. Los años próximos podrán ser, quizá, objeto de menos solicitud, pero una madre no puede dejar de ser fuertemente afectada por la idea de que pronto, muy pronto, aquél cuya tierna infancia ha protegido, tendrá que afrontar la vida sin preparación, a menos de que cuente con el consejo de los amigos, con la energía vital de sus principios y con un caudal de experiencia pequeño pero costosamente adquirido. Los recuerdos del pasado y las anticipaciones del futuro se multiplicarán ante sus ojos y como ella puede rechazarlos o volverlos a evocar, estará sometida a las emociones de esperanza y de temor alternados.

La dorada mañana de sus días
Una madre cuidadosa procura vigilar;
Pero la flecha vuela rápidamente del arco
Y los años pasan rápidos como el viento:
Él se desgarró del lado de su madre,
Ansioso de correr las tormentas de la vida,
Con pasos de peregrino vaga por todas partes
Y vuelve como extranjero a su casa.

Pero, una madre reflexiva no esperará a que estas consideraciones le sean sugeridas por la necesidad de una separación que no pueda ya diferirse. Habrá reflexionado en un período anterior sobre la naturaleza y la duración de sus conexiones con el niño. Y, lejos de dar nacimiento a sentimientos desagradables y aun penosos, esta corriente de pensamiento puede capacitarla para adoptar una visión no sólo justa sino satisfactoria sobre la materia.

En una carta anterior he hablado de la primera conexión de la madre y el niño después del nacimiento, como de un fenómeno puramente de naturaleza animal. Quiero decir con esto, que el poder que los une es en ambos puramente instintivo en su origen. En el niño es constantemente excitado por un sentimiento de necesidad; en la madre está fuertemente apoyado en una conciencia del deber.

Si en la madre lo adscrito también es una especie de actuación instintiva, creo que la observación nos proporcionará muchos hechos que claramente lo prueban. Entre ellos no es menos notable el de que una persona que se ha visto obligada por las circunstancias a actuar como una madre con el hijo de una extraña, ve engendrarse en ella, frecuentemente, el mismo afecto que si se tratase de su hijo propio. Y esto se ha observado no solamente en casos en que la nodriza ha sido entristecida por la separación de su propio hijo, sino también cuando en el primer momento ha demostrado una decidida

aversión al niño que ahora se confía a su cuidado. De modo que el instinto maternal parece ser transferible a otro objeto; una observación que arguye a la vez por su energía original y por su prioridad respecto de las circunstancias bajo las cuales sólo un sentimiento del deber pudiera haber llevado a los mismos esfuerzos.

Pero si en el niño este instinto se manifiesta antes que sea posible una sensación clara y distinta de sus necesidades, y si ha actuado en la madre antes de que ella haya reflexionado sobre sus deberes, hay, sin embargo, un rasgo, como hemos visto, y de género placentero, por el cual se distingue el carácter de este instinto.

Este afecto, además, lo podemos llamar instintivo en su primer origen. En el niño es, al principio enteramente exclusivo; su único objeto es la madre.

Todavía más; no solamente la adhesión del niño está limitada a la madre, sino que no parece ser accesible a ningún género de sensación a menos de que esté conexas de alguna manera con ella. Las sensaciones desagradables le hacen buscar la protección y alivio de la madre; y por mucho que los extraños procuren distraerle y fijar su atención, ya se sabe lo difícil que es conseguirlo sin disgustarle, están lejos de complacerle.

Pero este estado de cosas no puede continuar mucho tiempo. Mientras más crece el niño físicamente independiente de la madre y más se acostumbra a usar sus sentidos y también sus facultades, menos probabilidades tendrá de que su afecto continúe todavía exclusivamente confinado a la madre.

Y aquí se hace necesario para la madre precaverse contra las tentaciones de monopolio e igualmente contra el peligro de enajenarse su afecto.

Carta XIX

19 de enero de 1819

Mi querido Greaves:

He supuesto en mi última carta que un niño ha de llegar al período en que comienza a perderse gradualmente la conexión inmediata con la madre.

Los diferentes grados de relajación de este lazo tienen que depender en gran medida de la disposición natural y aun de la constitución física del niño. Un niño enfermizo u otro cuyos primeros movimientos estén marcados por la timidez, no conocerá durante mucho tiempo el afecto o la confianza en ninguna otra persona que la madre.

Pero los niños de una constitución saludable, pronto ofrecerán signos de una inclinación a procurarse la independencia respecto de la asistencia de los demás. Se verá que observan una gran cantidad de objetos que no tienen ningún motivo para atraer su atención; después de la observación o más bien junto con ella, vendrá el deseo; y en vez de expresar esto mediante sus signos usuales y de esperar pacientemente a que se les complazca, intentarán alcanzar el objeto y apropiárselo por sí mismos. Estos ejercicios que al principio son muy imperfectos y algunas veces son hasta ridículos en quienes los realizan, se repetirán cada vez con mayor energía hasta lograr el triunfo y, si éste es imposible, en vez de remitir el deseo sólo logrará aumentar.

He aludido ya a estas impertinencias del niño y he indicado la necesidad de contrarrestarlas con firmeza y con benevolencia.

Pero no las describía como en sí mismas malas o censurables. Las describía como el efecto necesario del instinto animal, el cual, aun llegando al exceso, no puede ser punible en tan tierna edad; y por esta razón, al mismo tiempo que recomendaba un modo afectuoso de contrarrestarlo, o más bien de sustituirlo por algo mejor, me oponía contra toda medida que pudiera proceder de la severidad.

Si con tal plan una madre ha conseguido reprimir los deseos e impertinencias desordenadas, no tendrá la menor ocasión de preocuparse de otros sentimientos que los de la satisfacción de estas

pequeñas tentativas de independencia. Hay signos indiscutibles de los progresos que el niño ha logrado. Y si están bien dirigidos pueden considerarse como los precursores de una actividad duradera y laudable.

Todas las facultades parecerán tomar parte en el desenvolvimiento del niño. Todas ellas serán puestas en juego por las circunstancias que rodean al niño diariamente y casi hora por hora.

¿Quién no sabe el acontecimiento que representa para nosotros el poder pasear por primera vez sin auxilio? Es un acontecimiento que se conmemora en la familia y se refiere a todos los amigos que expresan su gozo por la consumación tan largo tiempo deseada.

Ciertamente no deseo estimular su gozo por el acontecimiento; estoy lejos de despreciar su importancia; pero yo desearía, al mismo tiempo que se consagren, junto a las congratulaciones unos cuantos momentos a consideraciones más serias.

El momento en que un niño comienza a pasear sin ayuda de nadie, constituye una época en la historia de su educación. Es, evidentemente, la etapa más marcada de la independencia física respecto de los demás. Pero, al mismo tiempo, ocasiona un nuevo modo de manifestación del afecto.

El niño que es ahora capaz de moverse a su elección, puede también aproximarse a la madre. En vez de buscarla simplemente con los ojos, o de aferrarse a ella con sus pequeños brazos, el niño puede ahora buscar la presencia de su madre; y mientras más apariencia tiene esto de un esfuerzo libre y voluntario, más efecto producirá en la madre como un nuevo signo de afecto que continúa y puede continuar ligándolos por mucho tiempo, después de haber desaparecido la última huella de indefensión que al principio la reclamaba.

Carta XX

25 de enero de 1819

Mi querido Greaves:

Al describir la manera según la cual se debilita gradualmente el influjo de la madre, y se desvanece la conexión entre ella y su hijo, no debemos detenernos en la enumeración de aquellos hechos que he detallado en mi última carta.

No es el mero crecimiento físico, la adquisición del pleno uso de todas las facultades del cuerpo lo que constituye la independencia del niño. Los hijos de la creación animal han alcanzado verdaderamente el alto punto de su desenvolvimiento cuando son bastante fuertes para subsistir y proveerse por sí mismos. Pero las cosas ocurren de otro modo con las crías del hombre.

En el progreso de los tiempos, el niño, no sólo ejercita diariamente sus facultades físicas, sino que comienza también a sentirse intelectual y moralmente independiente.

De la observación y la memoria sólo hay un paso a la reflexión. Aunque imperfecta, esta operación se encuentra, sin embargo, frecuentemente entre los primeros ejercicios del espíritu del niño. El poderoso estímulo de la curiosidad pronto a ejercitarse, cuando logra el éxito o cuando es estimulado por los demás, le llevará a un hábito de pensamiento.

Si inquirimos la causa del hábito del atolondramiento que tan frecuentemente lamentamos, encontraremos que no se han estimulado juiciosamente las primeras tentativas para pensar.

Los niños son inquietadores; sus preguntas tienen poca trascendencia; están continuamente preguntando lo que no comprenden; no deben tener voluntad; tienen que aprender a estarse callados.

Con frecuencia se adopta este razonamiento y, en consecuencia, se buscan los medios para evitar que los niños practiquen su espíritu inquisitivo.

Participo, ciertamente, de la opinión de que no se les debe tolerar el hábito de hacer preguntas sin ton ni son. Muchas de sus preguntas no denotan ciertamente sino una curiosidad infantil. Pero sería sorprendente que no ocurriera así; y razón de más para que sean juiciosas las respuestas que reciban.

Estáis familiarizado con mi opinión de que tan pronto como el niño ha alcanzado una cierta edad, todo objeto que le rodee puede convertirse en instrumento para excitar su pensamiento. Conocéis los principios que he establecido y los ejercicios que he indicado a las madres. Frecuentemente habéis expresado vuestro asombro ante el éxito con que las madres han seguido mi plan o con que han formado otro semejante por su propia cuenta, empleándolo constantemente para despertar en los niños muy pequeños las facultades dormidas del pensamiento. La sagacidad y el anhelo con que siguieron lo que se les ofrecía, la regularidad con que realizaron sus pequeños ejercicios, les ha proporcionado la convicción de que con un plan semejante sería fácil no solamente para una madre educar unos pocos sino también para un maestro manejar un gran número de niños muy pequeños. Pero no me refiero ahora a los medios que puedan ser más apropiados para el propósito de desenvolver el pensamiento. Necesito simplemente señalar el hecho de que el pensamiento brota en el espíritu del niño; y que aun olvidado o mal dirigido, una inquieta actividad intelectual debe, no obstante, capacitar al niño, más pronto o más tarde, en algún respecto, para desenvolverse intelectualmente con independencia de los otros.

Pero el paso más importante es el que concierne a las afecciones del corazón.

El niño comienza muy pronto a mostrar por signos y por su conducta entera que le complace determinada persona y que le disgustan o le atemorizan otras.

En este respecto, el hábito y las circunstancias pueden hacer mucho; pero creo que se observará generalmente que un niño se acostumbra con facilidad a la presencia y a las atenciones de aquellos que están en relación presente y amistosa con su madre.

Las impresiones de este género no son perdidas para el niño. Los amigos de la madre lo son pronto de él. Una atmósfera de bondad es lo más adecuado para su naturaleza. Se acostumbra inconscientemente a esa atmósfera y en su imperturbable sonrisa y en su clara y cariñosa mirada se muestra evidentemente que la goza.

El niño entonces, aprende a amar aquellos a quienes la madre mira con afecto. Aprende a confiar en aquellos a quienes su madre muestra confianza.

Así discurren las cosas durante algún tiempo. Pero mientras más observa el niño, más distintas son las impresiones producidas por la conducta de los otros.

Será posible, por consiguiente, que un extraño, y extraño también para la madre, pueda ganarse el afecto y la confianza del niño mediante un cierto tipo de conducta. Para ello la primera exigencia es la constancia en la conducta general. Apenas parecería creíble, pero es estrictamente verdadero, que los niños no son ciegos, sino que perciben algunos la más pequeña desviación de la verdad. De análoga manera, la indulgencia con sus malos modales puede llegar a enajenarnos el afecto del niño que no podremos halagar más con adulaciones. Este hecho es, ciertamente, asombroso; y puede ser también citado como prueba de la afirmación de que hay en el niño un puro sentimiento de lo verdadero y de lo recto, y que las batallas contra la tentación constante surgen de la debilidad de la naturaleza humana ante la falsedad y la depravación.

El niño, entonces, comienza a juzgar por sí mismo no solamente las cosas sino también a los hombres, y adquiere una idea del carácter; cada vez se hace más moralmente independiente.

Carta XXI

4 de febrero de 1819

Mi querido Greaves:

Si la educación es comprendida como el trabajo, no de un cierto número de ejercicios resumidos en momentos determinados, sino como una vigilancia y dirección continuas y benévolas; si la importancia

del desenvolvimiento se reconoce no solamente en favor de la memoria y del intelecto y de unas cuantas habilidades que llevan a adquisiciones indispensables, sino en favor de todas las facultades, cualquiera que pueda ser el nombre o la naturaleza y energía con que la Providencia la haya implantado; su esfera, ampliada así, será no obstante observada con menos dificultad desde un punto de vista y tendrá un carácter más sistemático y verdaderamente filosófico, que una masa incoherente de ejercicios, combinada sin unidad de principios y desenvuelta sin interés, que es lo que suele recibir frecuentemente y no con mucha propiedad, el nombre de educación.

Debemos tener presente que el fin último de la educación no es la perfección en las tareas de la escuela, sino la preparación para la vida; no la adquisición de hábitos de obediencia ciega y de diligencia prescrita, sino una preparación para la acción independiente. Debemos tener en cuenta que cualquiera que sea la clase social a que un discípulo pueda pertenecer y cualquiera que sea su vocación, hay ciertas facultades en la naturaleza humana, que son comunes a todos y que constituyen el caudal de las energías fundamentales del hombre. No tenemos derecho a privar a nadie de las oportunidades para desenvolver todas estas facultades. Puede ser discreto tratar alguna de ellas con marcada atención y abrigar la idea de llevar otras a su más alta perfección. La diversidad de talentos e inclinaciones, de planes y de aspiraciones, es una prueba suficiente de la necesidad de tal distinción. Pero, repito que no tenemos derecho a impedir al niño el desenvolvimiento de aquellas otras facultades que en el presente no podamos concebir como muy esenciales para su futura vocación o situación en la vida.

¿Quién no está familiarizado con las vicisitudes de la fortuna humana que han hecho con frecuencia eficaces adquisiciones que estimábamos poco o que han hecho lamentable la falta de un ejercicio que habíamos tratado con hostilidad? ¿Quién no ha experimentado en una u otra ocasión la satisfacción de ser capaz de favorecer a otros con nuestro consejo o nuestra asistencia en circunstancias en que por su interferencia, pudieron ser privados de este beneficio? Y aun cuando en la práctica no le haya ocurrido, ¿quién, por lo menos en teoría, no reconoce que la mayor satisfacción que el hombre puede obtener es la de estar preeminentemente capacitado para hacerse útil?

Pero aun cuando todo esto no mereciera atención y aun cuando se recabase la suficiencia de las adquisiciones ordinarias para la gran mayoría, sobre el fundamento, quizá, de la experiencia parcial y de la inferencia de hechos bien conocidos, yo seguiría sosteniendo, sin embargo, que nuestros sistemas de educación han labrado en su mayor parte sobre el inconveniente de no asignar la debida proporción a los ejercicios que proponen.

La única idea correcta de esta materia ha de derivarse del examen de la naturaleza humana con todas sus facultades. No encontramos en el reino vegetal o animal ninguna especie de objetos dotados de ciertas cualidades que no hayan sido puestas en juego en alguna etapa de su existencia y que no contribuyan al pleno desenvolvimiento del carácter de las especies en el individuo. Aun en el reino animal las maravillas de la Providencia se han manifestado incesantemente en las innumerables combinaciones de cristalización; y así, aun en los estratos inferiores de las cosas creadas, hasta donde las conocemos, una ley constante, los medios empleados por la Inteligencia Suprema decide respecto de la formación, el contorno y el carácter individual de un mineral según sus propiedades inherentes. Aun cuando las circunstancias en que un mineral puede haberse formado, o una planta puede haber crecido, o un animal puede haber sido influido y modificado, nunca puede destruirse el resultado que se produzca con la actuación combinada de sus energías y cualidades naturales.

Así, la educación en vez de considerar meramente lo que hay que proporcionar al niño, debe considerar primeramente lo que puede decirse que ya posee si no como una cosa desenvuelta, al menos como una facultad implicada capaz de desenvolverse. O si, en vez de hablar de este modo, en abstracto, recordamos que es al gran Autor de la vida al que el hombre debe la posesión y la responsabilidad del uso de sus facultades innatas, la educación no debería decidir solamente lo que ha de hacerse de un niño, sino inquirir más bien para qué está el niño calificado, cuál sea su destino, como ser creado y responsable, cuáles son sus facultades como ser racional y moral, cuáles son los medios señalados para su perfeccionamiento y para el fin propuesto por el Padre Todopoderoso como los objetos más elevados de sus esfuerzos lo mismo en la creación que en las páginas de la revelación.

Las respuestas a estas cuestiones deben ser simples y comprensivas. Deben abarcar toda la humanidad y ser aplicables a todos sin distinción de zonas o de naciones en que puedan haber nacido. Deben reconocer, en primer lugar, los derechos del hombre, en el pleno sentido de la palabra. Deben mostrar que estos derechos, lejos de confinarse a aquellas ventajas exteriores que se han asegurado de vez en cuando por una victoria del pueblo, abraza un privilegio mucho más elevado cuya naturaleza

no ha sido generalmente comprendida ni apreciada. Abraza la justa aspiración de todas las clases a una difusión general de los conocimientos útiles, a un cuidadoso desenvolvimiento del intelecto y a una juiciosa atención a todas las facultades del hombre, físicas, intelectuales y morales.

En vano se habla de libertad, cuando el hombre está enervado o su espíritu no está provisto de conocimiento o se ha olvidado su raciocinio; y, sobre todo, cuando se le mantiene inconsciente de sus derechos y deberes como un ser moral.

Carta XXII

10 de febrero de 1819

Mi querido Greaves:

Si en armonía con los principios correctos de educación, todas las facultades del hombre han de ser desenvueltas y todas sus facultades dormidas han de ser puestas en juego, la primera atención de las madres debe dirigirse a un tema que generalmente se considera que no exige ni mucho pensamiento ni mucha experiencia y que, por lo mismo, son generalmente olvidados. Me refiero a la educación física de los niños.

¿Quién no tiene unas cuantas sentencias a mano que pueda realmente transcribir pero, quizá, no practicar, sobre la crianza de los niños? Reconozco que se ha hecho mucho por superar los usos antiguos que ejercían sobre los niños las peores influencias. Reconozco que su crianza es ahora mucho más racional y que sus tareas y sus diversiones se han mejorado mucho por una atención juiciosamente prestada a sus necesidades y a sus facultades. Pero, aún queda mucho por hacer; y no mereceremos que se nos reconozca un sincero deseo de mejoramiento si nos resignamos a descansar en la idea de que no es tan mala como pudiera ser o como pudiese haber sido.

El renacimiento de la gimnasia es, en mi opinión, el paso más importante que se ha dado en esta dirección. El gran mérito del arte gimnástico no está en la facilidad con que son realizados ciertos ejercicios, ni en la preparación que se pueda proporcionar para ciertos ejercicios que requieran mucha energía y destreza; aunque tampoco deba ser de ningún modo menospreciada una adquisición de esta suerte.

Pero, la mayor ventaja que resulta de la práctica de estos ejercicios, el progreso natural que se observa en su combinación, comenzando con los más fáciles, y que contienen, sin embargo, una práctica preparatoria para los otros más complicados y difíciles. No hay, quizá, ningún arte en que pueda ser tan claramente mostrado que las energías que parecen faltar no pueden ser producidas, o desenvueltas al menos, por otros medios que por la práctica misma.

Esto puede proporcionar una meta más útil para todos aquellos que están consagrados a la enseñanza de cualquier materia y que tropiezan con dificultades para llevar a los discípulos a aquella eficacia que habían esperado. Que vuelvan a comenzar un nuevo plan, en el cual los ejercicios deban ser diferentemente combinados y los temas hechos avanzar de modo que admitan el progreso natural de lo más fácil a lo más difícil. Cuando falta el talento, comprendo que no puede ser proporcionado por ningún sistema de educación. Pero, me ha enseñado la experiencia a considerar que los casos en que faltan en absoluto las capacidades de todo género, son muy contados. En la mayor parte de los casos, he tenido la satisfacción de encontrar que facultades que han sido enteramente apagadas, porque en vez de ser desenvueltas, se ha obstruido su actuación por una variedad de ejercicios que tienden a desvanecer o a detener su ulterior actuación.

Y aquí, nos ocupáramos de un prejuicio bastante común concerniente al uso de la gimnástica: se ha dicho con frecuencia que puede ser muy buena para los que son bastante fuertes; pero, aquellos que sufren una constitución débil podrán ser incluso perjudicados por los ejercicios gimnásticos.

Ahora bien, me aventuro a decir que esto se apoya meramente sobre una mala inteligencia de los primeros principios de la gimnástica: no solamente varían los ejercicios en proporción con la fuerza de los individuos, sino que también puede haberlos y han sido ideados los decididamente enfermos. Y he consultado la autoridad de los primeros médicos, quienes declaran que en casos que han caído bajo su observación personal, individuos que padecían afecciones pulmonares, si éstas no habían avanzado

mucho, han sido materialmente aliviados y beneficiados por una práctica constante de unos pocos y sencillos ejercicios que el sistema propone en tales casos.

Y por esta razón de que esos ejercicios deben ser bosquejados para cada edad y para cada grado de fuerza corporal, considero esencial que las madres mismas se familiaricen con los principios de la gimnástica para que sean capaces de seleccionar entre los ejercicios elementales y preparatorios aquellos que, según las circunstancias, sean más adaptables y beneficiosos para el niño.

No quiero decir que las madres deban adherirse estrictamente sólo a aquellos ejercicios que puedan encontrar señalados en una obra de gimnasia; pueden variarlos, desde luego, como lo deseen o encuentren oportuno; pero yo recomendaría a la madre que consulte más bien con quien tenga alguna experiencia en el manejo de la gimnasia con niños, antes de decidir si ha de seguir el curso propuesto o ha de adoptar otros ejercicios, siendo incapaz de calcular el grado exacto de fuerza que pueden requerir o el beneficio que los niños pueden lograr.

Si la ventaja física de la gimnasia es grande e incontrovertible, también afirmo que es muy valiosa la ventaja moral lograda. Volvería a apelar a vuestra propia observación. He visto muchas escuelas en Alemania y en Suiza, en las cuales la gimnasia es un aspecto esencial; recuerdo que en las conversaciones que sosteníamos sobre el tema se hacía la observación, que conviene exactamente para mi punto de vista, de que la gimnasia, bien conducida, contribuye esencialmente no sólo a hacer a los niños cariñosos y saludables, que son dos puntos muy importantes para la educación moral, sino también a promover entre ellos un cierto espíritu de unión y un sentimiento fraternal que es muy satisfactorio para el observador: los hábitos de destreza, lealtad y franqueza de carácter, valor personal y virilidad para sufrir el dolor, figuran también entre las consecuencias naturales y constantes de una práctica primitiva y continua de los ejercicios del sistema de gimnasia.

Carta XXIII

18 de febrero de 1819

Mi querido Greaves:

La educación física no debe reducirse de ningún modo a aquellos ejercicios que reciben ahora el nombre de gimnásticos. Por medio de ellos se adquirirá la fuerza y la destreza en el uso de los miembros en general; pero deben organizarse otros ejercicios particulares para la práctica de todos los sentidos.

Esta idea puede parecer, a primera vista, como un refinamiento superfluo o como un estorbo necesario para el libre desenvolvimiento. Hemos adquirido seguramente el pleno uso de nuestros sentidos sin ninguna instrucción especial de esa clase; pero, la cuestión no es la de si estos ejercicios son indispensables, sino si en cualquier circunstancia han probado o no ser útiles.

¿Cuántos de nosotros tenemos ojos bastante hábiles para juzgar correctamente y sin auxilio, de una distancia o de la proporción del tamaño de objetos diferentes? ¿Cuántos hay que distingan y reconozcan los matices del color, sin comparar unos con otros; o cuyos oídos perciban la más ligera variación del sonido? Los que se encuentran capaces para hacer esto con alguna perfección, encontrarán que derivan su facilidad o de un determinado talento innato o de una práctica constante y laboriosa. Ahora bien, es evidente que hay una cierta superioridad en estas adquisiciones que proporcionan sin ningún ejercicio las capacidades naturales y que nunca podrá proporcionar la instrucción aunque llegue a la más diligente aplicación. Pero, si la práctica no puede hacerlo todo, puede hacer mucho por lo menos; y mientras más pronto comience, más fácil y más perfecto debe ser el éxito.

Un sistema regular de ejercicios de este tipo es todavía un desideratum. Pero no puede ser difícil para una madre introducir en las diversiones de sus hijos algunos de estos ejercicios calculados para desenvolver y perfeccionar la vista y el oído. Porque es de desear que todos los ejercicios de este género sean tratados como una diversión más bien que como algo sustantivo. Debe prevalecer la mayor libertad y todo debe hacerse con gusto porque sin él, estos ejercicios, como la gimnasia misma, serán torpes, pedantes y ridículos.

Estará bien conexionar estos ejercicios muy pronto, con otros que tiendan a formar el gusto. No parece comprenderse suficientemente que el buen gusto y los buenos sentimientos están emparentados y que se confirman recíprocamente, aunque los antiguos hayan dicho que estudiar aquellas artes que se adaptan a un espíritu libremente nacido suaviza el carácter y destierra la tosquedad de las maneras exteriores. Sin embargo, poco se ha hecho para abrir un libre acceso a aquellos goces o adquisiciones y especialmente respecto de la mayoría del pueblo. Si no debe esperarse que se preste mucha atención a actividades subordinadas u ornamentales, mientras tenga que dedicarse tanto a proveer las necesidades primarias, no es, sin embargo, razón suficiente para que sean privados de toda actividad ajena a las vocaciones ordinarias. No hay una escena más conmovedora que ver, como he visto yo entre los pobres, a una madre extendiendo a su alrededor un espíritu de goce silencioso pero sereno, difundiendo entre sus hijos una corriente de mejoras y ofreciendo el ejemplo de suprimir todo lo que pudiera ofender el gusto no ya de un observador exigente y fastidioso, sino de los acostumbrados a moverse en otra esfera. Es difícil describir por qué medios se logra esto, pero lo he visto en circunstancias que no prometían hacerlo ni aun posible.

Sólo de una cosa estoy cierto; de que sólo puede ser obtenido mediante el verdadero espíritu del amor maternal. Este sentimiento del cual se repite con exagerada frecuencia que es capaz de elevarse a la meta de los mejores sentimientos de la naturaleza humana, está conexionado con un instinto feliz que le conducirá por un camino tan lejano de la negligencia e indolencia, como del artificial refinamiento. Con las exigencias refinadas y con el fastidio puede lograrse mucho si están sostenidos por una vigilancia constante; faltará, sin embargo, la naturalidad, la verdad, y hasta el observador más superficial se verá sorprendido ante un refrenamiento incompatible con una atmósfera de simpatía.

Ahora que estoy en ello, no dejaré pasar la oportunidad de hablar de uno de los auxiliares más eficaces de la educación moral. Estáis muy familiarizados con lo que yo entiendo por música y no sólo conocéis mis opiniones sobre la materia, sino que habéis observado también los favorables resultados que he obtenido en nuestras escuelas. Los ejercicios de mi excelente amigo Nageli, quien ha reducido con tanto gusto como ingenio los principios superiores de su arte a los elementos más simples, nos capacitan para proporcionar a nuestros niños una eficacia que exigiría con cualquier otro plan mucho más tiempo y esfuerzo.

Pero no es esta suficiencia la que yo describiría como un logro deseable de la educación. Es el influjo más marcado y más beneficioso de la música sobre los sentimientos, lo que he observado como más eficaz para preparar el espíritu y ponerlo a tono de las mejores impresiones. La armonía exquisita de una ejecución superior, la elegancia estudiada de ésta, podrán satisfacer a un competente; pero la gracia sencilla e intacta de una melodía es la que habla al corazón de todo ser humano. Nuestras propias melodías nacionales, que han resonado inmemorialmente en nuestros valles nativos, están tejidas con reminiscencias de las páginas más brillantes de nuestra historia y de las más tiernas escenas de la vida doméstica.

Pero el efecto de la música en la educación no consiste solamente en mantener vivo un sentimiento nacional: es mucho más profundo; si se cultiva con un espíritu adecuado hiere en su raíz los sentimientos malos o estrechos, toda propensión poco generosa y mezquina y toda emoción indigna de la humanidad.

Aquí podemos citar una autoridad que reclama nuestra atención por el carácter elevado y el genio del hombre, ya que no ha habido abogado más elocuente y cálido de la música que el venerable Lutero. Pero aun cuando su voz se ha hecho oír y es todavía tenida en gran estima entre nosotros, la experiencia, sin embargo, ha hablado más sonora e indiscutiblemente a favor de la verdad de la proposición que él fue de los primeros en vindicar. La experiencia ha probado que un sistema que procede por el principio de la simpatía, será imperfecto si se priva del auxilio de aquel poderoso medio de cultivo del corazón. Aquellas escuelas o aquellas familias en las que la música ha retenido el carácter cordial y casto que debe conservar, desplegarán invariablemente escenas de sentimiento moral y, consiguientemente, de felicidad, que no dejarán duda en cuanto el valor intrínseco de aquel arte que sólo en épocas de barbarie o depravación, ha degenerado o ha caído en el olvido.

No necesito recordaros la importancia de la música para engendrar y estimular los sentimientos superiores de que es capaz el hombre. Se reconoce casi universalmente que Lutero vio la verdad cuando indicó la música, desprovista de toda pompa y vano ornamento en su solemne e impresionante sencillez, como uno de los medios más eficaces de elevar y purificar el sentimiento genuino de devoción.

Con frecuencia nos hemos sorprendido en nuestras conversaciones con la circunstancia de que en nuestro propio país y a pesar de que aquel hecho sea generalmente reconocido, no constituya la música un rasgo preeminente de la educación general. Parece predominar la noción de que requeriría más tiempo y atención de la que sería conveniente prestarle, para extender también su influjo sobre la educación del pueblo.

Ahora bien, yo apelaría a cualquier trabajador con la misma confianza que a mí mismo, para que me dijera si no le ha sorprendido la facilidad y el éxito con que se la cultiva entre nosotros. Verdaderamente apenas hay una escuela rural por toda Suiza y aun, quizá, por toda Alemania o Prusia, en la cual no se haga algo por adquirir, al menos, los elementos de la música, según un plan nuevo y más apropiado.

Éste es un hecho que no puede ser difícil de examinar y que sería imposible negar; y concluiré esta carta expresando la esperanza que hemos alimentado juntos, de que este país nunca quedará retrasado en sugerir o adoptar mejoras que se funden sobre hechos y estén confirmadas por la experiencia.

Carta XXIV

27 de febrero de 1819

Mi querido Greaves:

En la rama de educación de que he tratado en las dos últimas cartas, concibo que a los elementos de la música deben agregarse los elementos del dibujo.

Todos sabemos por experiencia que entre las primeras manifestaciones de las facultades de un niño se da un deseo y una tentativa de imitación. Esto explica la adquisición del lenguaje y las primeras e imperfectas tentativas de imitar los sonidos musicales, comunes a la mayor parte de los niños cuando han oído una música que les ha complacido. El progreso en ambas cosas depende en una parte mayor o menor de la atención que los niños hayan prestado a las cosas que les rodean y a su rapidez de percepción. Del mismo modo que se aplica esto al oído y a los órganos del lenguaje, se aplica también al ojo y al empleo de la mano. Los niños que muestran alguna curiosidad por los objetos puestos ante sus ojos, comienzan pronto a emplear su ingenio y su habilidad en copiar lo que han visto. La mayor parte de los niños intentan construir algo a imitación de un edificio, con los materiales que logran tener a mano.

Este deseo, que es natural en ellos, no debe ser olvidado. Como todas las facultades es capaz de un desenvolvimiento regular. Es conveniente, pues, proporcionar a los niños juguetes que faciliten estos primeros ensayos y en ocasiones, ayudarles. Ningún estímulo de esta clase es nunca perdido, y nunca dejará de aplaudirse un acicate que promueva el placer inocente y que conduzca a una ocupación útil. Aliviándole de la monotonía de su vida diaria y sus continuas molestias e introduciendo variedad en sus pequeñas diversiones, actúa como un estímulo para su ingeniosidad y agudiza su observación conforme gana en interés.

Tan pronto como son capaces de realizar el intento, no hay nada tan bien calculado para este objeto como alguna práctica elemental del dibujo.

Hemos visto el curso de los ejercicios preparatorios por el cual algunos de mis amigos han conseguido facilitar estas actividades en algunos niños muy pequeños. Sería poco razonable esperar que pudieran comenzar por dibujar algún objeto que se les presente, como un conjunto. Es necesario analizarles las partes y elementos de que constan. Siempre que se ha hecho así, el progreso ha sido sorprendente, y sólo comparable con la complacencia con que han seguido los niños sus actividades favoritas. Mis amigos Ramsauer y Boniface han emprendido la tarea verdaderamente útil de combinar tal curso en su progreso natural de los ejercicios más fáciles a los más complicados; y el número de escuelas en que se ha aplicado satisfactoriamente su método confirma la experiencia que de su mérito hemos hecho en Yverdón.

Las ventajas generales que resultan de una práctica temprana del dibujo son evidentes para todos. Los que están familiarizados con el arte se ve que miran casi todos los objetos con ojos muy distintos que el vulgar observador. El que tiene el hábito de examinar la estructura de las plantas y de manejar

un sistema de botánica descubrirá un número de caracteres salientes de una flor, por ejemplo que no será notado por los que no están familiarizados con aquella ciencia. Es la misma razón por la que en la vida común la persona que tiene el hábito de dibujar, especialmente del natural, percibirá fácilmente muchas circunstancias que son comúnmente desapercibidas y forman una impresión más correcta aun de tales objetos, que el que no se detiene a examinarlos minuciosamente si no se le ha enseñado nunca a mirar lo que ve con la intención de reproducirlo. La atención para modelar exactamente el conjunto y la proporción de las partes, que es requisito para que nos habituemos a tomar un boceto adecuado, produce en muchos casos mucha enseñanza y diversión.

Para poder lograr este hábito, es material y casi indispensable que los niños no se vean reducidos a copiar de otro dibujo, sino que se les permita dibujar de la naturaleza. La impresión que nos da el objeto mismo es tanto más profunda mientras más placer obtenga el niño en ejercitar su habilidad para intentar reproducir lo que le rodea y lo que le interesa, en vez de trabajar para obtener una copia de lo que ya no es sino una copia y tiene por tanto en su apariencia menos vida o interés.

De análoga manera, es mucho más fácil dar una idea del tema importante de la luz y la sombra y de los primeros principios de la perspectiva, en cuanto influyen en la representación de cada objeto, colocándolo inmediatamente ante los ojos. La asistencia que se presta, no debería extenderse de ningún modo a una dirección en la ejecución de cada detalle; algo habría que dejar a la ingenuidad y algo también a la paciencia y a la perseverancia: una ventaja que se ha logrado después de algunas tentativas infructuosas, no se olvida fácilmente; sino que proporciona mucha satisfacción y estimula para nuevos esfuerzos y el gozo con el éxito final atribuye un sabor a la desilusión primera.

Después de los ejercicios del dibujo vienen los de modelado en los cuales puede emplearse el material más convenientemente. Éstos producen, frecuentemente, una diversión aún mayor. Aun cuando no se dé el talento mecánico, el placer de ser capaz de hacer algo por lo menos, es para muchos una excitación suficiente; y, lo mismo el dibujo que el modelado, si se enseñan según principios fundados en la naturaleza, tendrán mayor uso cuando los discípulos hayan de abordar otras ramas de la instrucción.

De éstas mencionaré aquí dos solamente: la geometría y la geografía. Los ejercicios preparatorios por los cuales hemos introducido un curso de geometría, ofrecen un análisis de las diversas combinaciones bajo las cuales son agrupados los elementos de la forma y de las cuales consta cada figura o diagrama. Estos elementos son ya familiares al discípulo al que se ha enseñado a considerar cada objeto con la tendencia a descomponerlo en sus partes originales y a dibujarlo separadamente. El discípulo no será, desde luego, un extraño respecto de los materiales cuyas combinaciones y proporciones se le enseñan ahora. Debe ser más fácil comprender las proporciones de un círculo, por ejemplo, o de un cuadrado, a quien no solamente ha encontrado ocasionalmente estas figuras, sino que está ya familiarizado con la manera según la cual, se han formado. Junto con esto, la doctrina de los sólidos geométricos, que no puede ser, de ningún modo enseñada sin modelos ilustrativos, es mucho mejor comprendida y mucho más profundamente impresa en el espíritu cuando tienen los discípulos alguna idea de la construcción de los modelos y cuando son capaces de fabricar al menos los que ofrecen menor complicación.

En la geografía, el dibujo de los mapas es un ejercicio que no debe olvidarse en ninguna escuela. Proporciona la idea más exacta de la extensión proporcional y de posición general de los diferentes países; da una noción más clara que ninguna descripción y deja en la memoria la impresión más permanente.

Carta XXV

5 de marzo de 1819

Mi querido Greaves:

Respecto de los cursos de ejercicios que he recomendado, anticipo que puede hacerse una objeción que debemos tener en cuenta antes de proceder a hablar de educación intelectual.

Concedido que estos ejercicios puedan ser tan útiles a su modo como el lenguaje, concedido incluso que pueda ser deseable ver difundidos entre todas las clases sociales algunos de los conocimientos que proporcionan; y, sin embargo, podría preguntarse por qué medios puede esperarse generalizarlos

entre otras clases que las superiores. Podemos esperar madres competentes, y, quizá, inclinadas a emprender la dirección de esos ejercicios con sus hijos. Pero, considerando el estado presente de las cosas, ¿no es absolutamente quimérico imaginar que entre las madres del pueblo se encuentren algunas calificadas para hacer algo en beneficio de sus hijos en esa dirección?

A esta objeción respondería yo en primer lugar que no siempre es legítimo suponer que en el futuro haya de persistir el presente estado de cosas; y siempre que, como ocurre en ese estado actual, se pruebe que es deficiente, pero capaz al mismo tiempo de mejora, todos los amigos de la humanidad convendrán conmigo en que tal conclusión es inadmisibile.

Es inadmisibile; porque la experiencia habla en contra de ella. Para un observador reflexivo, la historia presenta a la humanidad trabajando bajo el influjo de una cadena de prejuicios, cuyos eslabones va logrando romper sucesivamente.

Los acontecimientos más interesantes de la historia no son sino la consumación de cosas que se habían considerado como imposibles. En varios se fijan límites a las mejoras logradas por el ingenio; pero menos aún puede circunscribirse el ejercicio de la benevolencia.

Tal conclusión es inadmisibile por tanto. Y la historia habla más directamente en este punto. Los hechos de más trascendencia abogan a favor de nuestros deseos y de nuestras esperanzas. Los más brillantes y activos filántropos, hace dos mil años, no podían prever el cambio que se ha operado en el mundo intelectual: no podían haber anticipado aquellas facilidades por las cuales no sólo se estimula la investigación realizada por unos cuantos, sino que los resultados prácticos de esta indagación son comunicados con una maravillosa rapidez a millares de personas que viven en los países más remotos del globo. No podían prever la gloriosa invención por la cual la ignorancia y la superstición han sido derrocadas, y el conocimiento y la verdad difundidos por los canales más universales y más eficaces. No podían haber previsto que el espíritu de indagación podía llegar a ser excitado aun entre aquellos que anteriormente habían sido sometidos a la creencia ciega y a la obediencia pasiva.

Verdaderamente, si hay algún rasgo por el cual la edad presente tiende a redimirse y a cicatrizar las heridas que ha producido en las naciones es éste -que son visibles los esfuerzos hechos en todas direcciones con un celo y una extensión sin precedentes, hasta ahora para ayudar al pueblo en la adquisición de aquella parte de independencia intelectual, sin la cual la verdadera dignidad del carácter humano no puede ser mantenida ni sus deberes adecuadamente satisfechos. Hay algo tan acariciador en esta perspectiva ante la cual número de aquellos para quienes el conocimiento está destinado aumenta con la esfera del conocimiento mismo, de modo que difícilmente encontraremos en él un campo en el cual los hombres de espíritu superior no hayan penetrado para coger las flores y cosechar los frutos, en beneficio de aquellos que no tienen tiempo o capacidad para manejar los instrumentos o para seguir los refinamientos de la ciencia y los objetos todavía más materiales para facilitar los meros pasos, para echar los cimientos, para asegurar los progresos lentos, pero sólidos, y para hacer todo esto de la manera mejor adaptada a la naturaleza del espíritu humano y para el desenvolvimiento de sus facultades; este objeto ha sido perseguido con tal interés y tal ardor, que aun los resultados que hemos visto en nuestra vecindad inmediata son una muestra suficiente de que la persecución no ha sido abandonada y que no estamos muy lejos de su éxito final.

Esta perspectiva es halagadora; pero, amigo querido, no es sobre perspectiva sobre la que he construido la esperanza de mi vida. No es la difusión del conocimiento, sea proporcionado en las escuelas del antiguo plan o en establecimientos regidos por un nuevo principio o sometido al examen y concebido para el mejoramiento de los adultos -no es la difusión del conocimiento solamente la que he tenido en cuenta para el bienestar de esta o de aquella generación. No: a menos de que consigamos darle un nuevo impulso y elevar el tono de la educación doméstica; a menos de que sea difundida una atmósfera de simpatía, elevada por el sentimiento moral y religioso; a menos de que el amor maternal sea utilizado más que ningún otro agente en la primera educación; a menos de que las madres consientan en seguir el llamamiento de su propio sentimiento mejor que el de los hábitos del placer o de la inconsciencia; a menos de que consientan en ser madres y obrar como madres, y a menos de que sean éstos los caracteres de la educación, nuestras esperanzas y nuestros esfuerzos estarán condenados al fracaso.

Han confundido el sentido de todos mis planes y el de los de mis amigos, los que suponen que nuestros esfuerzos a favor de la educación popular no tienen un fin más elevado que el del mejoramiento de un sistema de instrucción o el perfeccionamiento como si dijéramos de la gimnasia del intelecto. Nos hemos esforzado en reformar las escuelas, porque las consideramos esenciales para

el progreso de la educación, pero, consideramos más esencial el círculo que las envuelve. Hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance para educar a los niños, de modo que puedan llegar a ser maestros, y tenemos razones para congratularnos de que las escuelas se hayan beneficiado con este plan. Pero, tenemos que considerar como el rasgo más importante y el deber primordial de las nuestras y de cualquier escuela, desarrollar en los discípulos confiados a nuestro cuidado aquellos sentimientos, y almacenar en su espíritu aquellos conocimientos que, en un período más avanzado de su vida, puedan capacitarles para consagrar todo su corazón y el uso infatigable de sus facultades a la difusión del verdadero espíritu que debe prevalecer en un círculo doméstico. En una palabra, todo el que tenga sobre su corazón el bienestar de la generación naciente, no puede hacer nada mejor que considerar como el objeto más elevado la Educación de las Madres.

Carta XXVI

15 de marzo de 1819

Mi querido Greaves:

Permítame repetir que no podemos esperar ningún mejoramiento real de la educación, que se extienda en una esfera amplia y se continúe progresivamente en el tiempo, aumentando su vigor, como corresponde, si no comenzamos por educar a las madres.

Constituye su deber en el círculo doméstico, hacer lo que la instrucción escolar no puede lograr; prestar a cada niño individual aquel grado de atención que una escuela tiene que consagrar al conjunto; dejar que hable su corazón en los casos en que el corazón es el mejor juez; recabar por el afecto lo que la autoridad no hubiera conseguido.

Pero también es su deber tener dispuesto el caudal de sus conocimientos para que sus hijos se beneficien con él.

Comprendo que, bajo las circunstancias presentes, se declararían o serían declaradas por los demás como incompetentes para intentar tales cosas; tan pobres en conocimientos y tan poco prácticas para comunicarlos, abordar semejante tarea podría parecer vana y presuntuosa por su parte.

Ahora bien, éste es un hecho que hasta donde lo permite la experiencia estoy dispuesto a negar. No hablo ahora de aquellas clases o individuos cuya educación no ha sido muy diligente para alcanzar ese objeto en alguna medida. Pensemos en una madre cuya educación ha sido abandonada en alguno o en todos respectos. Supongo una que llega hasta la ignorancia de la lectura y de la escritura aunque no encontremos un individuo tan deficiente en este respecto en ningún país cuyas escuelas están debidamente atendidas, agreguemos a esto el que se trate de una madre inexperta.

Ahora bien, me aventuro a decir que esta pobre enteramente ignorante, esta inexperta madre, no está enteramente privada de los medios de ayudar al desenvolvimiento intelectual de su hijo.

Por muy reducido que pueda ser el caudal de su experiencia y por moderadas que sean sus facultades, debe tener conciencia de que está familiarizada con un número infinito de hechos, como los que ocurren en la vida diaria y respecto de los cuales su hijo es todavía extraño. Debe tener conciencia de que es útil para su hijo familiarizarse pronto con algunos de ellos, tales, por ejemplo, como los que se refieren a cosas con las cuales tiene que ponerse en contacto. Debe sentirse capaz de poner a su hijo en posesión de una variedad de nombres, poniendo simplemente los objetos mismos en presencia del niño, pronunciando sus nombres y haciendo que el niño los repita. Debe sentirse capaz de presentar al niño tales objetos en una especie de orden natural: las diferentes partes, por ejemplo, de un fruto. No despreciemos estas cosas porque son pequeñas. Hubo un tiempo en que nosotros ignorábamos hasta las más pequeñas; y hubo personas a quienes debemos eterno agradecimiento porque nos las enseñaron.

Pero no quiero decir que una madre deba detenerse aquí. Aun la madre de que hablamos, que es una madre enteramente ignorante e inexperta, es capaz de llegar más lejos y agregar una variedad de conocimiento realmente útil. Después de agotar el caudal de objetos que se presentan primeramente, después de adquirir el niño sus nombres y de ser capaz de distinguir sus partes, se le ocurrirá, probablemente, que puede decirse algo más todavía sobre cada uno de estos objetos. Se encontrará

capacitada para describirlos a su hijo en cuanto a la forma, el tamaño, el color, la dureza de la superficie, el sonido cuando se les toca y así sucesivamente.

Y la ganancia de un punto material -del mero conocimiento del nombre de los objetos-, ha llevado a su hijo al conocimiento de sus cualidades y propiedades. Nada puede ser más natural para ella que seguir avanzando y comparar diferentes objetos en relación con estas cualidades y el grado mayor o menor en que corresponden a los objetos. Si los primeros ejercicios estaban adaptados para cultivar la memoria éstos están calculados para formar la observación y el juicio.

Todavía puede ella ir más lejos; es capaz de dar al niño la razón de las cosas y las causas de los hechos. Es capaz de informarle del origen, la duración y las consecuencias de una gran variedad de objetos. Las ocurrencias de cada día y de cada hora le proporcionarán materiales para esta clase de instrucción. Su uso es evidente; enseña el niño a inquirir después las causas y le acostumbra a pensar en las consecuencias de las cosas.

En otro lugar tendré ocasión de hablar de la instrucción moral y religiosa; sólo haré aquí observar, por tanto, en pocas palabras, que esta clase de ejercicios últimamente mencionada, que pueden variar y extenderse en series casi ilimitadas, dará ocasión frecuente para los ejemplos o ilustraciones más simples de las verdades que corresponden a esa rama. Hará reflexionar al niño sobre las consecuencias de las acciones; familiarizará al espíritu con el pensamiento; y le llevará frecuentemente a reconocer en los objetos que tiene delante los efectos de la sabiduría infinita de aquel ser al que, mucho antes, la piedad de la madre, si es genuina, le había llevado a reverenciar y amar con todo su corazón y con toda su alma y con toda su energía y con todo su espíritu.

Lamento que la enumeración de estos primeros ensayos de una madre parezcan tediosos a los demás lectores, pero usted no se ha cansado nunca de observar la naturaleza y trazar la instrucción según la corriente inagotable de la experiencia. Creo que simpatizamos acerca de este tema; que sentimos mayor interés por la conciencia sin sofisticar de una pura intención, que por la más espléndida exhibición de conocimiento refinado.

Y no conozco algún motivo que pueda hacer más interesantes estos esfuerzos que el deseo de una madre de hacer todo lo que sea posible a favor del desenvolvimiento físico y mental de su hijo. Por circunscritos que sean sus medios y por limitados que en un comienzo sean sus éxitos, hay siempre algo que no le permite descansar, que le estimula a nuevos esfuerzos y que le coronará al fin con frutos tanto más satisfactorios cuanto mayores hayan sido los esfuerzos para lograrlos.

La experiencia ha mostrado que la madre en situaciones análogas a las que he descrito ha logrado éxitos que han superado sus esperanzas. Considero esto como una nueva prueba del hecho de que nada es demasiado difícil para el amor maternal, animado por una conciencia de su pureza, y elevado por una confianza en el poder de aquel que ha inspirado aquel sentimiento en el corazón de la madre. Lo considero en verdad como un don libre del Creador y creo firmemente que, en la misma medida en que el amor maternal es ardiente e infatigable, en la misma medida en que está inspirado con energía y fortalecido por la fe, en esa misma medida será el amor maternal fortalecido en su ejercicio y provisto de medios aun allí donde más desprovisto aparece.

Creo, como ya he indicado antes, que no es de ningún modo tan difícil dirigir la atención de los niños hacia los objetos útiles aun cuando nada sea más común que la queja. Yo no puedo hacer nada con los niños. Si esto proviene de un individuo que por su especial situación no está llamado a ocuparse de la educación, es de suponer que sea más capaz de hacerse más útil en otra dirección, que mediante una laboriosa y perseverante aplicación a una tarea para la cual ni está predispuesto por inclinación ni capacitado por actitud eminente. Pero aquellas lamentaciones nunca procederán de una madre. Una madre está llamada a prestar su atención a esa materia. Tiene el deber de hacerlo; se lo dice la voz de la conciencia en su interior. La conciencia de un deber no se da nunca sin las cualidades para desempeñarlo; ni se ha emprendido nunca un deber con espíritu valeroso, confiado y amante, sin haber sido siempre coronado por el éxito.

Carta XXVII

20 de marzo de 1819

Mi querido Greaves:

Si hasta las madres ineducadas e inermes, pueden hacer mucho por su hijo, más capacitadas estarán y con mucha más confianza mirarán hacia los resultados de sus esfuerzos maternos, si sus facultades han sido adecuadamente desenvueltas y sus pasos guiados por aquellos que se han consagrado a ese trabajo antes que ellas.

El hecho, por consiguiente, que he formulado en mi último capítulo, lejos de hacer discutible mi proposición, va a confirmar directamente su validez y a ilustrar sus aplicaciones. Lo repito, por consiguiente, y me dirijo con energía a aquellos que, como yo, tienen el deseo de promover un cambio en la insuficiente situación actual de la educación. Si deseáis realmente consagraros con vuestras disponibilidades, vuestro tiempo, vuestro talento y vuestra influencia a una causa que ha de beneficiar a una gran parte de vuestra especie; si deseáis no entreteneros en paliativos sugestivos, sino que queréis lograr una curación permanente de los males en que han caído muchos millares y caerán muchos centenares de millares; si deseáis no erigir simplemente un edificio que pueda atraer por su esplendor y conmemorar vuestro nombre, pero que se desmorone como edificio sin base; si, por el contrario, preferís las mejoras sólidas a los efectos momentáneos, y el beneficio duradero de los más, antes que la satisfacción solitaria de los resultados sorprendentes, no dejéis que vuestra atención sea desviada por las necesidades aparentes -ni que sea absorbida por las subalternas-, sino que se dirija a la fuente más grande y general aunque poco conocida, de la cual mana lo bueno y lo malo en cantidad incalculable y con rapidez sin paralelo, o sea a la manera como transcurren los primeros años de la infancia y a la educación de aquellos a cuyo cuidado están consagrados o deben consagrarse.

De todas las instituciones, la más útil es aquella en la cual la gran tarea de la educación no es tratada simplemente como un medio para los diversos propósitos de la vida ordinaria, sino como un objeto que en sí mismo merece la más seria atención y necesita ser elevado a su más alta perfección; una escuela en la cual se enseña a los discípulos a actuar como maestros y se les educa para actuar como educadores; una escuela, sobre todo, en la cual el carácter femenino se desenvuelve tempranamente, en aquella dirección que le capacita para tomar parte preeminente en la educación primaria.

Para lograr esto es necesario que el carácter femenino sea perfectamente comprendido y adecuadamente apreciado. Y sobre este tema no podemos dar un ejemplo más satisfactorio que la observación de una madre que es consciente de sus deberes y está capacitada para desempeñarlos. En esa madre la dignidad moral del carácter, la suavidad de maneras y la firmeza de principios, provocarán nuestra admiración lo mismo que la mezcla feliz de juicio y de sentimiento que constituye la norma sencilla pero segura de sus acciones.

El gran problema en la educación de la mujer consiste en lograr esta feliz unión en el espíritu, tan lejos de imponer restricción alguna sobre los sentimientos como de desviar o inclinar el juicio. La marcada preponderancia del sentimiento que se muestra en el carácter femenino, requiere no solamente la mayor clarividencia sino también la más profunda atención de aquellos que desean ponerlo en armonía con el desenvolvimiento de las facultades del intelecto y de la voluntad.

Constituye un mero prejuicio suponer que la adquisición del conocimiento y el cultivo del intelecto, no serán sólidos y comprensivos si no destierran del carácter femenino su sencillez y todo lo que le hacen verdaderamente amable. Toda cosa depende del motivo del cual, y del espíritu en el cual es adquirido el conocimiento. Que el motivo haga honor a la naturaleza humana y que el espíritu sea el mismo que es concomitante con todas las gracias del carácter femenino.

Ni suelto ni entrometido -sino reservado-, y la modestia asegurará la solidez del conocimiento y la delicadeza le preservará contra la desviación del sentimiento.

Como ejemplo puedo referirme a uno de los numerosos casos que no son menos sorprendentes porque sean muy conocidos, en los que una madre ha consagrado la mayor parte de su tiempo, y sus mejores habilidades a la adquisición de alguna rama del conocimiento respecto de la que su propia educación ha sido defectuosa, pero que ha comprendido que sería importante utilizar en beneficio de la

educación de sus hijos. Es el mismo caso de los individuos muy bien dotados en ciertos respectos, pero que se reconocen muchos defectos y desean corregirlos, si no por ellos mismos, en beneficio al menos de sus hijos.

Y no se ha conocido madre alguna que se arrepienta de algún sacrificio que haya hecho para poder dar la más perfecta educación a aquellos seres más próximos y más queridos de su corazón. Aun sin anticipar la futura realización de sus deseos por los progresos que haya logrado para guiarlos, estará ampliamente pagada con las delicias que brotan inmediatamente de su tarea, proteger el tierno pensamiento y enseñar a brotar la joven idea.

He supuesto aquí el motivo más poderoso, que es el amor maternal; pero la misión de la educación primaria consistirá en proporcionar motivos que, aun en la más tierna edad, puedan promover un interés por el ejercicio mental y estén verdaderamente aliados con los mejores sentimientos de la naturaleza humana.

Carta XXVIII

27 de marzo de 1819

Mi querido Greaves:

Si una madre siente deseos de tomar una parte activa en la educación intelectual de sus hijos, dirigirá primeramente su atención a la necesidad de considerar no solamente la clase de conocimiento sino la manera como debe ser comunicado al espíritu del niño. Para su propósito, la última consideración es aún más esencial que la primera; porque, por excelente que pueda ser la información que desea proporcionar, dependerá del modo de hacerla el que llegue a tener acceso al espíritu, o que no llegue a ser provechoso, ni adaptado a sus facultades ni apto para excitar el interés del niño.

A este respecto, una madre será perfectamente capaz de distinguir entre la mera acción de la memoria y la de las otras facultades del espíritu.

A la ausencia de esta distinción pienso que podemos atribuir gran parte de la disipación de tiempo y de exhibición engañadora de esos conocimientos aparentes, tan presentes en nuestras escuelas lo mismo superiores que en las de grado inferior. Es una mera falacia el concebir o pretender que el conocimiento ha sido adquirido, en vista de la circunstancia de que se han confiado a la memoria términos que, rectamente comprendidos implican la expresión del conocimiento. Esta condición, rectamente comprendida, que es la más material, es también la más generalmente olvidada. Indudablemente, proceder de esta suerte, cuando se confían las palabras a la memoria, sin una explicación adecuada, es la mayor prueba de la ignorancia o indolencia de aquellos que lo practican como un sistema de instrucción. Agréguese a esto el poderoso estímulo de la vanidad en los discípulos -la esperanza de distinciones o de recompensas para unos o el temor a la reprensión o al castigo en los otros- y tendremos los motivos principales por los cuales este sistema, a despecho de su fragilidad, ha sido tan largo tiempo patrocinado por aquellos que no piensan o que no piensan suficientemente por sí mismos.

Lo que acabo de decir de los ejercicios de memoria con exclusión de un ejercicio bien regulado del entendimiento, se aplica más especialmente a la manera según la cual las lenguas muertas se han enseñado durante mucho tiempo y se enseñan todavía en ciertos lugares; un sistema que, tomado en su totalidad, con sus reglas abstrusas e ininteligibles y su disciplina compulsiva, es difícil decidir si es más absurdo desde un punto de vista intelectual o más detestable desde un punto de vista moral.

Si tal sistema, que refuerza los ejercicios parciales de memoria, es tan absurdo en su aplicación y tan perjudicial en sus consecuencias, en un período en que puede suponerse que el intelecto es capaz de hacer algunos progresos al menos, sin necesidad de auxiliarle de un modo constante y ansioso, un cultivo exclusivo de la memoria, debe ser todavía más inadecuado en la tierna edad en que el intelecto está naciendo, cuando la facultad de discernir no está formada todavía y es incapaz de confiar a la memoria las nociones de objetos separados en su recíproca distinción. Para preservarse una madre contra un error de este género, la primera regla es enseñar siempre mediante cosas que mediante palabras: nombrarles muy pocos objetos parados al niño si no estáis preparados para presentárselos. Cuando podáis mostrarle el objeto, el nombre será confiado a la memoria, juntamente con la revolución de la impresión que el objeto produce en los sentidos. Es una sentencia antigua y también

verdadera, la de que nuestra atención es más fuertemente atraída y más permanentemente fijada por objetos que han sido puestos ante los ojos que por otros de los cuales apenas hemos recogido una noción por el oído y la descripción o por la mención de un nombre.

Pero, si la madre ha de enseñar por cosas, debe recordar también que para la formación de una idea es requerido algo más que poner el objeto ante los sentidos; debe explicarse su origen; deben describirse sus partes y han de averiguarse sus relaciones; deben afirmarse sus usos y sus efectos o consecuencias. Todo esto debe hacerse de una manera suficientemente clara y comprensiva para que el niño pueda distinguir unos objetos de otros y para explicarse la distinción hecha.

Es natural que el grado de perfección con que la formación de ideas de este plan puede facilitarse, dependa de circunstancias que no siempre están bajo el dominio de una madre; pero algo puede y debe intentarse en este sentido para que la educación pueda revestir un carácter más elevado que el mero adiestramiento mecánico de la memoria.

De los objetos que no puedan ponerse en realidad en presencia del niño deben utilizarse imágenes. La instrucción fundada sobre grabados o cuadros será siempre una rama favorita de los niños y si esta curiosidad está bien dirigida y juiciosamente satisfecha se nos mostrará como muy útil e instructiva.

Siempre que el conocimiento de una idea abstracta, que no admita una representación de este género, haya de ser comunicado al niño, siguiendo el mismo principio se le proporcionará un equivalente de aquella representación, poniendo como ejemplo, un hecho ya ofrecido. Ésta es la intención original y el uso de las fábulas morales y esto conviene también con el excelente adagio antiguo. El camino del precepto es largo y laborioso, el del ejemplo es breve y fácil.

Carta XXIX

4 de abril de 1819

Mi querido Greaves:

La segunda regla que yo daría a una madre respecto del primer desenvolvimiento del espíritu del niño, es ésta: Que el niño no esté solamente actuado o maniobrado, sino que sea un agente en la educación intelectual.

Explicaré lo que quiero decir. Que la madre tenga presente en su espíritu que su hijo no sólo tiene las facultades de atención, y de retención de ciertas ideas, sino también una facultad de reflexión independiente del pensamiento de los demás. Está bien hacer que un niño lea y escriba y aprenda y repita -pero, está todavía mejor que el niño piense. Podremos ser capaces de ser influidos por el pensamiento de los otros, y podremos encontrar conveniente y ventajoso familiarizarnos con él; podemos aprovechar su luz; pero, nos haremos más útiles a los demás y tendremos más títulos para el carácter de miembros eficaces de la sociedad, por el esfuerzo de nuestro propio espíritu, por el resultado de nuestras propias investigaciones; por aquella visión y sus aplicaciones que podemos llamar nuestra propiedad intelectual.

Yo no hablo ahora de aquellas ideas rectoras que aparecen de tiempo en tiempo y por las cuales avanza la ciencia y la sociedad se beneficia ampliamente. Hablo de aquel caudal de propiedad intelectual que cada uno puede adquirir, aun los individuos sin pretensiones y en las más humildes tareas de la vida. Hablo de aquel hábito de reflexión que preserva del pensamiento inconsciente bajo todas las circunstancias y que es siempre activa para examinar lo que se coloca ante el espíritu -aquel hábito de reflexión que excluye la idea de suficiencia propia de la ignorancia, o la frivolidad de un saber a medias- el cual puede llevar a un individuo al modesto reconocimiento de que sabe muy poco y a la honrada conciencia de que ese poco lo sabe bien. Para engendrar ese hábito nada hay tan eficaz como un precoz desenvolvimiento en el espíritu del niño, del pensamiento regular y activo.

Que no abandone la madre esta tarea por las objeciones de aquellos que juzgan que el espíritu del niño es incapaz de todo ejercicio de este género. Me atrevo a decir que los que alegan esta objeción, aunque puedan ser los pensadores más profundos o los más grandes teóricos, no parece que tengan conocimiento práctico acerca del tema ni interés moral alguno por su investigación. Y yo, por mi parte, confiaría más en el conocimiento experimental de una madre, procediendo por ejercicios, a los cuales se siente dispuesta por su amor maternal. En ese conocimiento experimental, incluso de una madre

analfabeta confiaría yo más que en la especulación teórica de los más ingeniosos filósofos. Hay casos en los cuales un sentido sólido y un corazón ardiente ven más allá que una cabeza altamente refinada, fría y calculadora.

Yo invitaría, por consiguiente, a la madre para que comenzase su tarea a despecho de las objeciones que puedan oponerse. Bastaría con que se convenciese de que debía comenzar; continuaría, entonces, por sí misma; obtendría tal satisfacción de su tarea que nunca pensaría abandonarla.

Mientras desenvuelve los tesoros del espíritu infantil y descubre el mundo de pensamientos hasta entonces no alumbrados, no envidiará la seguridad de los filósofos que consideran el espíritu humano como un blanco universal. Entregada a su tarea pondrá en actividad todas las energías de su espíritu y todos los afectos de su corazón y se burlará de sus especulaciones dictatoriales y de sus teorías altaneras. Sin preocuparse de la intrincada cuestión de si las ideas son innatas, se contentará con desenvolver las facultades innatas del espíritu.

Si una madre pregunta los temas que pueden ser beneficiosos para ser utilizados como vehículos para el desenvolvimiento del pensamiento, yo respondería que todas las materias pueden conseguirlo si son tratadas de modo adecuado para las facultades del niño. Constituye un gran arte para la enseñanza no fracasar nunca en la elección de un objeto como ejemplo de una verdad. No hay un objeto tan trivial que en manos de un maestro hábil no se haga interesante, sino por sí mismo, al menos por su manera de tratarlo. Para un niño todo es nuevo. El encanto de la novedad, justo es decirlo, pronto se consume; y si no aparece el fastidio de los años maduros hay al menos la impaciencia de la infancia. Pero, entonces, el maestro tiene la gran ventaja de una combinación de elementos simples que pueden diversificar el tema sin dividir la atención.

Al decir que toda materia sirve para el propósito debo ser entendido literalmente. No sólo no hay ningún pequeño incidente en la vida de un niño, en sus diversiones y recreos, en sus relaciones con sus padres y con sus amigos y en sus juegos -sino que no hay actualmente ninguno dentro del alcance de la atención del niño, pertenezca a la naturaleza o a las ocupaciones y oficios de la vida, que no pueda convertirse en objeto de una lección por el cual pueda proporcionarse algún conocimiento útil y, lo que es más importante, por el cual el niño no pueda familiarizarse con los hábitos del pensamiento según los cuales ve y habla después de haber pensado.

El modo de hacer esto no es en manera alguna hablar mucho al niño, sino entrar en conversación con el niño; no dirigirle muchas palabras por familiares que sean las que se escojan, sino llevarle a expresarse sobre la materia; no agotar el tema, sino preguntar al niño acerca de él y corregir sus respuestas. Sería ridículo esperar que el espíritu volátil de un niño pudiera seguir una larga explicación. La atención de un niño está muerta para las exposiciones largas pero la despiertan las preguntas animadas.

Que las preguntas sean breves, claras e inteligibles. Que no lleven al niño a repetir simplemente en los mismos o variados términos lo que acaba de oír justamente. Excitarle a observar lo que hay ante él, a recordar lo que ha aprendido y a dominar su pequeño caudal de conocimiento como materiales para una respuesta. Mostrarle una determinada cualidad en una cosa y dejarle encontrar por sí mismo las demás. Decirle que la forma de una pelota se llama esférica; y si le lleváis a designar otros objetos a los cuales corresponde el mismo carácter le habréis empleado más útilmente que con el más perfecto discurso sobre la redondez. En un caso habría tenido que oír y recordar; en el otro ha tenido que observar y pensar.

Carta XXX

10 de abril de 1819

Mi querido Greaves:

Cuando he recomendado a las madres que eviten fatigar a un niño por la instrucción, no deseo estimular la noción de que la instrucción debería tomar siempre el carácter de una diversión y aun de un juego. Estoy convencido de que cuando se abriga esa idea y es aplicada por un maestro, impedirá siempre la solidez del conocimiento y por la necesidad que tiene el discípulo de un ejercicio suficiente

por su parte, llegará a los resultados que yo deseo evitar mediante mi principio de un empleo constante de la facultad de pensar.

A un niño se le debe enseñar muy pronto en la vida una lección que viene generalmente demasiado tarde y entonces es más penosa -la de que el ejercicio es indispensable para la adquisición del conocimiento. Pero a un niño no se le debería enseñar el ejercicio como un mal inevitable. El motivo del temor no debería constituir un estímulo para el ejercicio. Destruiría el interés y crearía el disgusto.

Este interés por el estudio es la primera cosa que un maestro y, en nuestro caso, una madre, debería tender a excitar y a conservar. Difícilmente se dará una circunstancia en la cual una falta de aplicación en los niños no proceda de una falta de interés; y no hay, quizá, ninguna en la que la falta de interés no se origine en el modo de tratar las cosas que el maestro adopta. Yo iría lo bastante lejos como para formular una regla: que siempre que los niños son desatentos y no toman interés, al parecer, por una lección, el maestro debería comenzar por buscar la razón en sí mismo. Cuando se ofrece al niño una cantidad de materia árida, cuando se obliga a un niño a oír en silencio largas explicaciones o a realizar ejercicios que no tienen nada en sí mismos para suscitar o atraer el espíritu, se echa sobre éste una carga que un maestro no debe nunca imponer. De la misma manera si el niño por la imperfección de su poder de razonamiento o su falta de familiaridad con los hechos es incapaz de penetrar en el sentido o de seguir el encadenamiento de las ideas de una lección, cuando se le ha obligado a oír o a repetir lo que para él no son sino sonidos sin sentido -esto es perfectamente absurdo. Y cuando a todo esto se agrega el temor al castigo -junto con el tedio que es en sí mismo castigo suficiente- esto se convierte en absolutamente cruel.

De todos los tiranos es bien sabido que los pequeños tiranos son los más crueles; y de todos los pequeños tiranos los más crueles son los tiranos escolares. Ahora bien, en todos los países civilizados está prohibida toda clase de crueldad y aun la crueldad con los animales está castigada adecuadamente en unos países, por la ley y en todos por el anatema de la opinión pública. ¿Como puede, entonces, prescindirse generalmente de la crueldad con los niños y aun considerarse como cosa corriente?

Algunos nos dirán, ciertamente, que sus medidas son maravillosamente humanas -que sus castigos son menos severos- o que han desterrado los castigos corporales. Pero no es a su severidad a lo que yo objeto, ni me aventuro a afirmar de una manera incalificada que los castigos corporales sean inadmisibles bajo todas las circunstancias en la educación. Me refiero a su aplicación -objeto al principio de que los niños son castigados cuando lo censurable es el maestro o el sistema.

Mientras esto continúe -en tanto que los maestros no se tomen el trabajo o no estén capacitados para inspirar a sus discípulos un vivo interés por sus estudios- no pueden quejarse de la falta de atención ni siquiera de la aversión hacia los estudios que algunos manifiestan. Pudiéramos testimoniar el indescriptible tedio que debe oprimir el espíritu juvenil mientras pasan lentamente las horas, una por una, en una ocupación de que no pueden ni gustar ni comprender el uso; pudiéramos nosotros recordar las mismas escenas que en nuestra infancia hemos atravesado, y no nos sorprendería entonces la negligencia perezosa del escolar, arrastrándose a desgana.

Al decir esto no debe entenderse que yo abogue por la pereza o a favor de aquellas irregularidades que encontremos ahora y encontraremos luego aun en las escuelas mejor dirigidas. Pero sugiero que la mejor manera de evitar que se generalicen es adoptar un mejor modo de instrucción por el cual el niño sea menos abandonado a sí mismo, menos lanzado al desagradable empleo del escuchar pasivo, menos duramente tratado por las faltas pequeñas y excusables, pero, mas incitado por las preguntas, más animado por los ejemplos y más interesado y atraído por la bondad.

Hay una notable acción recíproca entre el interés que al maestro inspira lo que enseña y el que él comunica a sus discípulos. Si él no está presente con todo su espíritu en el asunto, sean o no agradables sus maneras, nunca dejará de enajenarse el afecto de sus discípulos y de dejarlos indiferentes a lo que diga. Pero el interés real tomado en la tarea de la instrucción -palabras amables y sentimientos amables, la verdadera expresión de los rasgos y la mirada, nunca pasan desapercibidos para los niños.

Carta XXXI

17 de abril de 1819

Mi querido Greaves:

Vosotros sabéis la naturaleza de aquellos ejercicios que fueron adoptados por sugestión mía y calculados para emplear el espíritu útilmente y prepararlo para ulteriores empresas iluminando el pensamiento y formando el intelecto.

Yo los llamaría ejercicios preparatorios en más de un aspecto. Abrazan los elementos del número, de la forma y del lenguaje; y cualesquiera que sean las ideas que podamos adquirir en el curso de nuestra vida, todas serán introducidas mediante estas tres figuras.

Las relaciones y proporciones del número y la forma constituyen la medida natural de todas aquellas impresiones que recibe el espíritu desde fuera. Ellas abarcan y son al mismo tiempo la medida de las cualidades del mundo material, siendo la forma la medida del espacio y el número la medida del tiempo. Dos o más objetos distinguidos entre sí como existentes separadamente en el espacio, presuponen una idea de su forma o, en otras palabras, del espacio exacto que ocupan; distinguidos como existentes en diferentes tiempos caen bajo la denominación del número.

La razón por la cual llamo pronto la atención de los niños hacia los elementos de número y forma, es, junto con su utilidad general, la de que admiten un tratamiento más claro, un tratamiento muy diferente, desde luego, de aquel en que se ven envueltos con demasiada frecuencia, y que los hace altamente desabridos incluso para los que no son de deficiente capacidad.

Los elementos del número o los ejercicios preparatorios del cálculo, deberían enseñarse siempre presentando a los ojos ciertos objetos que representen unidades. Un niño puede concebir la idea de dos pelotas, dos cosas, dos libros; pero no puede concebir la idea de dos, en abstracto. ¿Cómo podéis hacer comprender al niño que dos y dos hacen cuatro, a menos de que le mostréis primero su realidad? Comenzar por las nociones abstractas es absurdo y perjudicial en vez de ser educativo. El resultado poniéndose en lo mejor, es que el niño aprenda de memoria, sin comprender; hecho éste que no refleja al niño, sino al maestro, el cual no conoce una instrucción más elevada que el adiestramiento puramente mecánico.

Si se enseñan así los elementos, de un modo claro e inteligible, será fácil llegar a las partes más difíciles, recordando siempre que todo debe hacerse por preguntas. Tan pronto como deis al niño un conocimiento de los nombres por los cuales se distinguen los números, podéis plantearle un problema de simple suma, sustracción, multiplicación o división, realizando la operación, en realidad por medio de un cierto número de objetos, pelotas por ejemplo que servirían en lugar de las unidades.

Se ha objetado que los niños que se han acostumbrado a una constante y palpable ejemplificación de las unidades por lo cual fueron capaces de ejecutar la solución de las cuestiones aritméticas no serán nunca después capaces de seguir los problemas de cálculo en abstracto, prescindiendo de las pelotas o de otras cosas representativas.

Ahora bien, la experiencia ha mostrado que aquellos niños que han adquirido los primeros elementos según el método familiar y palpable descrito, han tenido dos grandes ventajas sobre los demás. Primeramente, fueron perfectamente conocedores no solamente de lo que hacían sino también del por qué. Estaban familiarizados con el principio de que dependía la solución; no seguían meramente una fórmula de memoria; cambiado el estado de la cuestión no se convertía en un rompecabezas como les ocurre a aquellos que ven solamente su regla mecánica y no van más lejos. Esto les produce un sentimiento de confianza y de seguridad y les proporciona gran deleite. Una dificultad vencida con la conciencia de un esfuerzo feliz, siempre estimula a enfrentarse con otra nueva.

La segunda ventaja fue la de que los niños que fueron versados en aquellos ejercicios ilustrativos elementales, desplegaron después una gran habilidad en la aritmética elemental. Sin apelar a su pizarra ni a su papel, sin trazar ningún memorándum de las figuras, no sólo realizan operaciones con grandes números sino que combinan y resuelven cuestiones que pueden haber aparecido encubiertas aun con la ayuda del memorándum y del papel.

Entre los numerosos viajeros de vuestro país que me han hecho el honor de visitar mi establecimiento, no ha habido ninguno, por poco dispuesto o preparado que pudiese estar para entrar en consideraciones sobre el conjunto de mi plan, que no haya expresado su asombro ante la perfecta facilidad y la rapidez con que eran resueltos los problemas que el visitante planteaba. No indico esto por la peculiar satisfacción o el desagrado que pudiera llevar consigo, aun cuando el reconocimiento de los extraños no puede ser indiferente para quien desea ver juzgado su plan por los resultados obtenidos. Pero la razón del interés y la satisfacción que yo sentía por la impresión que producía invariablemente aquel departamento de la escuela, obedecía a que confirmaba de un modo singular la suficiencia y utilidad de nuestro curso elemental. A mí, por lo menos, me permitió acogerme al principio de que el espíritu del niño debe recibir ilustraciones tomadas de la realidad y no reglas elaboradas por abstracción; que debemos enseñar por cosas más que por palabras.

En los ejercicios concernientes a los elementos de la forma, mis amigos han revivido y extendido satisfactoriamente el antiguamente llamado método analítico -el modo de dilucidar hechos por problemas en vez de manejarlos por teorías; de dilucidar su origen en vez de comentar meramente su existencia; de llevar el espíritu a inventar en vez de reposar satisfechos en las invenciones de los demás. Tan verdaderamente beneficioso y tan estimulante es aquel empleo para el espíritu, que hemos aprendido enteramente a apreciar el principio de Platón de que todo el que desee aplicarse con éxito a la metafísica debe prepararse por el estudio de la geometría. No es la familiaridad con ciertas cualidades o proporciones, con ciertas formas o figuras (aunque, para muchos propósitos sea esto aplicable a la vida práctica y conduzca al avance de la ciencia), sino que es la precisión del razonamiento y la ingeniosidad de la invención, lo que, surgiendo de una familiaridad con aquellos ejercicios, prepara el intelecto para toda actuación.

En los ejercicios de número y de forma, se requiere al principio menos abstracción que en los similares del lenguaje. Pero, yo quisiera insistir en la necesidad de una instrucción cuidadosa en la enseñanza materna. De las lenguas extranjeras o de las lenguas muertas, pienso que deben ser estudiadas por todos los medios, por aquellas personas para quienes su conocimiento pueda ser útil o cuyas circunstancias permiten satisfacer su gusto o su predilección si sus gustos o sus hábitos les llevan por ese camino.

Pero no conozco ninguna excepción que pudiera yo hacer del principio según el cual el niño debe ser puesto tan pronto como sea posible en contacto íntimo con su lengua nativa para que llegue por sí mismo a dominarla perfectamente.

Carlos V acostumbraba a decir que el hombre era según las lenguas que poseía. No vamos a averiguar ahora hasta dónde sea esto verdad. Pero, reconozco como un hecho que el espíritu está privado de su primer instrumento u órganos, como si dijéramos que sus funciones son interrumpidas y sus ideas confundidas, cuando carece de una perfecta familiaridad y dominio de una lengua, por lo menos. Los amigos de la opresión, de las tinieblas y de los prejuicios no han podido pensar cosa mejor ni se han descuidado nunca en apelar a este recurso, que sofocar el poder y la facilidad de la palabra libre, varonil y bien manejada; ni pueden los amigos de la luz y de la libertad hacer nada mejor y sería de desear que lo persiguieran con más asiduidad, que procurar a todos, a los más pobres como a los más ricos, las facilidades para hablar, si no con elegancia, al menos con franqueza y energía; una facilidad que les capacitaría para recoger y aclarar sus ideas vagas y para encarnar las que ya tienen precisión y que despertarían un millar de otras nuevas.

Carta XXXII

25 de abril de 1819

Mi querido Greaves:

¿Necesito señalar el motivo por el cual he dicho que debe prestarse primordial atención a la educación física e intelectual? ¿Necesito recordarle que yo considero que estas ramas conducen simplemente al fin superior -a calificar al ser humano para el uso libre y pleno de todas las facultades implantadas por el Creador- y a dirigir todas estas facultades hacia la perfección del ser entero del hombre para que pueda ser capaz de actuar en su peculiar situación como un instrumento del Poder infinitamente sabio y poderoso que le ha llamado a la vida? Esta es la concepción de la educación como debiendo llevar al individuo a ponerse en relación con su Hacedor, concepción que le proporciona al

mismo tiempo humildad para reconocer la imperfección de sus tentativas y la debilidad de su poder, y le inspira el valor de una confianza inquebrantable en todo lo que es bueno y verdadero.

En relación con la sociedad, el hombre debe ser preparado por la educación para ser un miembro útil de ella. Para ser verdaderamente útil es necesario que sea verdaderamente independiente. Sea la independencia que puede surgir de las circunstancias sea la que se adquiera por el uso honorable de sus capacidades, o sea debida al ejercicio más laborioso y a los hábitos frugales, es claro que la verdadera independencia tiene que aparecer y desaparecer según la dignidad de su carácter moral, más bien que con las circunstancias afluentes o con la superioridad intelectual o el ejercicio infatigable. Un estado de servidumbre o de merecida pobreza, no es más degradante que un estado de dependencia respecto de consideraciones que delatan la pequeñez de espíritu, o la falta de energía moral o de sentimientos honrados. Un individuo cuyas acciones llevan el sello de independencia del espíritu no deja de ser un útil y estimado miembro de la sociedad. Encuentra un lugar en la sociedad, que le pertenece a él y no a otro, porque lo ha obtenido por su mérito y lo ha asegurado por su carácter. Sus talentos, su tiempo, sus oportunidades y su influencia se han dirigido hacia un cierto fin. Y aun en los más humildes menesteres de la vida se ha reconocido siempre que hay individuos que por la inteligencia, la franqueza, el carácter honorable de su porte y de su conducta y por la tendencia meritoria de sus actividades, merecen ser mencionados juntamente con aquellos cuyos nombres fueron ilustrados por el halo de su noble nacimiento y por la gloria, todavía más brillante, de su genio o de su mérito. Que tales casos no sean sino excepciones y que estas excepciones sean escasas, es debido al sistema de educación que prevalece generalmente y que no está calculado para promover la independencia del carácter.

Considerando al hombre como un individuo, la educación debe contribuir a proporcionarle la felicidad. El sentimiento de felicidad no surge de circunstancias exteriores; es un estado del espíritu, una conciencia de la armonía lo mismo con el mundo interior que con el exterior: asigna sus debidos límites a los deseos y propone a las facultades del hombre las más elevadas aspiraciones. Porque es feliz aquel que coloca sus deseos dentro del alcance de sus medios y puede rechazar todo deseo individual y egoísta sin que le robe su reposo: aquel cuyo sentimiento de satisfacción general no es dependiente de la gratificación individual. Y es también feliz, aquel que siempre que su yo está fuera de cuestión y se trata de la más elevada perfección de su mejor naturaleza o de los más elevados intereses de su raza, no conoce límites para su esfuerzo y puede comentarlos con sus más íntimas esperanzas. La esfera de la felicidad es ilimitada; se extiende conforme se amplía la perspectiva; se eleva conforme se levantan los sentimientos de su corazón; crece con su crecimiento y se fortalece con su fuerza.

Para proporcionar el carácter que aquí describimos a las acciones y a la vida de un individuo, considero necesario que todas las facultades implantadas en la naturaleza humana sean adecuadamente desenvueltas. No es que deba ser alcanzada la virtuosidad en una determinada dirección o que aspirase ansiosamente a un grado de excelencia que sea el privilegio exclusivo del talento preeminente. Sino que hay un grado de desenvolvimiento de todas las facultades que está lejos del refinamiento de cualquiera de ellas; y la gran ventaja de que discurran así las cosas es que se prepara el espíritu para una aplicación más especial a cualquier dirección de los estudios que sea la más congénita con sus inclinaciones o que esté conexonada con ciertos propósitos.

Con respecto al derecho que tiene todo ser humano a un desenvolvimiento juicioso de sus facultades por parte de aquellos a quienes está confiado el cuidado de la infancia, aspiración cuya universalidad no parece ser suficientemente reconocida, permítaseme utilizar un ejemplo que en una ocasión me fue presentado por un amigo. Siempre que encontramos un ser humano en una situación de sufrimiento y próximo al pavoroso momento en que está para terminar la escena de sus penas y de sus alegrías en este mundo, nos sentimos movidos por una simpatía que nos recuerda que por baja que sea su condición terrena, hay aquí también uno de nuestra raza sometido a las mismas sensaciones de alegría y de dolor alternados -nacido con las mismas facultades, con el mismo destino, con las mismas esperanzas de una vida de inmortalidad. Y cuando nos acogemos a esta idea ansiamos aliviar sus sufrimientos y proporcionar un rayo de luz a las tinieblas del instante de la partida. Este es un sentimiento que brota del corazón de cada uno, aun de los jóvenes y de los aturdidos y aun de aquellos poco acostumbrados a la visita del infortunio. ¿Por qué, entonces, pudiéramos preguntarnos, hemos de mirar con descuidada indiferencia, aquellos recién llegados a la vida? ¿Por qué han de inspirarnos tan poco interés los sentimientos y la condición de los que entran en esta variada escena de la cual, si nos parásemos a reflexionar podríamos contribuir a aumentar el goce y a disminuir la suma de sufrimientos, de descontento y de inquietud? Y la convicción de todos los que son competentes para hablar por experiencia es la de que esto pudiera lograrlo la educación. Que debe

realizarlo es la convicción y que puede lograrlo algunas veces, es la tendencia constante de todos aquellos que están sinceramente interesados por el bienestar de la humanidad.

Carta XXXIII

12 de mayo de 1819

Mi querido Greaves:

En mi última carta he descrito el fin de la educación para hacer al hombre conscientemente activo al servicio de su Hacedor; hacerle útil prestándole independencia con relación a la sociedad; y, en cuanto al individuo, hacerle feliz dentro de sí mismo.

Para este fin, concibo que pueden servir de instrumentos la adquisición del conocimiento útil y el desenvolvimiento de todas las facultades. Pero, aun cuando ellas sean altamente útiles en cuanto que proveen de medios, no pueden suplir el curso de la acción. Sería indudablemente absurdo proporcionar facilidades para el ejercicio, sin excitar y promover los motivos para un determinado plan o línea de conducta.

En esta falta incurre con frecuencia el proceso a que suele darse el nombre de educación, aun cuando sería más apropiado el de adiestramiento mecánico. El motivo común por el cual actúa tal sistema sobre aquellos cuya indolencia ha conquistado, es el Temor; el más elevado a que puede aspirar en aquellos cuya sensibilidad es excitada, es la Ambición.

Es claro que tal sistema cuenta solamente con los intereses egoístas del hombre. A esta parte menos amable o estimable del carácter humano es a la que ha debido siempre sus mejores éxitos. Para los mejores sentimientos del hombre ha permanecido siempre sordo.

¿Cómo es, entonces, que los motivos que llevan a un curso de acción, que se consideran como medios despreciables o dudosos al menos, cuando se les tropieza en la vida, se piensan como honrados en la educación? ¿Cómo se puede dar en la escuela una dirección al espíritu que tendrá que luchar por olvidar luego si quiere ganarse el respeto o el afecto de los demás? No quiero hablar duramente de la ambición ni rechazarla enteramente como un motivo. Hay, seguramente, una ambición noble, dignificada por su objeto, y caracterizada por un interés profundo y trascendental por aquel objeto. Pero, si consideramos aquella especie de ambición propuesta comúnmente al escolar, si analizamos de qué trama está tejida y de dónde nace, encontraremos que no tiene nada que ver con el interés despertado por el objeto de estudio; que tal interés, no existe con frecuencia debido a que está ligado con el más vil y frívolo de los motivos, con el temor. No está suscitado por el deseo de proporcionar placer a aquellos a quienes se propone; porque un maestro que procede según un sistema en el cual el temor y la ambición son los principales agentes, debe despedirse de toda aspiración a la estima o del afecto de sus discípulos.

Motivos como el temor o la ambición desordenada pueden estimular al ejercicio, intelectual o físico, pero no pueden calentar el corazón. No hay en ellos aquella vida que hace latir el corazón de los jóvenes con las delicias del conocimiento, con la conciencia honesta del talento, con el deseo honrado de la distinción, con el brote bondadoso del sentimiento ingenuo. Tales motivos son inadecuados en su fuente, e ineficaces en su aplicación; porque no son nada para el corazón y del corazón manan las corrientes de la vida.

Sobre estos fundamentos, es sobre los que la educación moral e intelectual ha defendido el carácter supremo del motivo de la simpatía como el primero y principal que debe emplearse en el manejo de los niños. Sobre estos fundamentos me he apoyado para proclamar repetidamente la conveniencia de atender a aquel sentimiento que no vacilo en declarar el primordial de una naturaleza más elevada que hay viva en el niño, el sentimiento de amor y confianza en su madre. Sobre este sentimiento deseo establecer el primer cimiento, y sobre otro sentimiento análogo a él y que de él brota, deseo guiar los pasos futuros de la educación.

Que existe en el niño ese sentimiento es indudable. Tenemos el testimonio de aquellas que tienen mayor competencia para juzgar, porque están más capacitadas para simpatizar con él: las madres.

A las madres, por consiguiente, pido una vez más que se dejen gobernar por su sentimiento maternal, iluminado por el pensamiento, para guiar aquellas impresiones nacientes y desenvolver aquel tierno germen en el corazón del niño. Ellas sabrán encontrar aquello que, primeramente, está envuelto en la naturaleza animal del niño; que es un sentimiento innato, vigoroso, porque no está todavía bajo el control de la razón y que llena el espíritu entero o porque no aparece todavía la oposición que surge del impulso de pasiones contradictorias. Este sentimiento deben creer que ha sido implantado por el Creador. Pero, junto con él, existe en el niño aquel impulso instintivo de su naturaleza animal que se pone primeramente al servicio de su propia conservación y se dirige a la satisfacción de sus necesidades naturales y fatales; que se liga luego con su satisfacción y a menos de que sea contrariado luego, se deslizará en una serie de necesidades imaginarias y artificiales, llevándonos de un goce a otro y terminando en un egoísmo consumado.

Para quebrantar y controlar este impulso egoísta, el único camino para la madre consiste en fortalecer diariamente aquel otro impulso mejor, cuya garantía pronto le ofrece la primera sonrisa de sus labios y la primera sonrisa de afecto en los ojos del niño, y de tal modo que aunque los poderes del intelecto estén todavía dormidos, la madre puede hablarle un lenguaje inteligible para el corazón. Ella sería capaz por el afecto y por la firmeza, de desterrar del niño aquellos deseos impertinentes que le hacen tan inmanejable y a desterrarlos por amor a la madre. Los medios por los cuales puede ella hacerse comprender, como ella puede suplir la falta de palabras y de preceptos, no emprenderé la tarea de decírselos: pero, que la misma madre responda si, consciente como ella es de su propio amor por su hijo -un amor fortalecido por la reflexión-, no será capaz de encontrar, sin palabras ni preceptos, el camino del corazón y del afecto de su hijo.

Pero si la madre ha conseguido esto, que no le haga creer su fantasía que lo ha hecho todo. Llegará el tiempo en que las emociones, hasta entonces sin palabras de su hijo, encontrarán su lenguaje, cuando sus ojos se trasladen de su madre a otros individuos dentro del círculo que le rodea y cuando este círculo se haya ampliado. Estos afectos no deben permanecer concentrados entonces en un objeto, objeto que aunque el más querido y amable de todos los mortales, es mortal y está sujeto a todas aquellas imperfecciones de que nuestra carne es heredera. Los afectos del niño reclaman objetos más elevados y, en verdad, los más altos.

El amor maternal es el primer agente en la educación; pero, el amor maternal, aunque el más puro de los sentimientos humanos, es humano; y la salvación no está en el poder del hombre, sino en el poder de Dios. Que la madre no imagine que ella con su propio poder y con sus mejores intenciones puede elevar el corazón y el espíritu del niño más allá de la esfera de las cosas terrenas y perecederas. No debe suponer que sus enseñanzas y ejemplos beneficiarán a su hijo a menos de que sean calculados para llevarle a aquella fe y aquel amor de donde la salvación brota solamente.

El amor y la confianza del niño en la madre no es sino el reflejo de otro más puro -del sentimiento más puro y elevado que puede alentar en un pecho mortal-, de un sentimiento de amor y de fe, no confinado ya en un individuo, ni mezclado ya con la materia más baja, sino elevándose por encima de todas las emociones y elevando al hombre al enseñarle su humildad el sentimiento de su amor y de su fe en su Creador y su Redentor.

Con este espíritu debe ser considerada la educación en todas sus etapas; que desenvuelva las facultades físicas, pero sin olvidar que forman la serie inferior de la naturaleza humana; que se ilumine el entendimiento, pero recordando que la primera ciencia que se debe enseñar a conocer y pensar es la modestia y la veneración; que sea regulada la disciplina y formado el corazón, no por la coacción sino por la simpatía, no por el precepto sino por la práctica, y sobre todo, que sea preparado para aquel influjo de lo alto, único que puede restaurar la imagen de Dios en el hombre.

Carta XXXIV

12 de mayo de 1819

Mi querido Greaves:

Antes de concluir deseo decir unas palabras acerca de un tema, de vital importancia. Unas pocas palabras que serán suficientes para aquellos con quienes podemos simpatizar y para los que casi nunca o nunca han sido llevados a asentir tras de las más elaboradas discusiones.

Deseo que ninguna madre cristiana pueda cerrar este libro sin preguntarse seriamente: ¿Está la conducta y están las medidas recomendadas en estas cartas de acuerdo con los principios verdaderamente cristianos? ¿Están calculados meramente para promover los éxitos intelectuales o para producir una apariencia de moralidad personal y original, o merecen el nombre de etapas primeras y preparatorias para la Educación Cristiana?

Que se conteste esta pregunta a sí misma, lo mejor que piense y sienta y que dependa de la contestación el que los adopte, con las modificaciones que la experiencia o las circunstancias le sugieran, para la educación de sus hijos. Si su respuesta es negativa; si su corazón le da su aviso y su reflexión madura se lo confirma, de que estos principios no son Cristianos, que los rechace y no los mencione más.

Entretanto, permítaseme agregar algunas observaciones acerca de los principios cardinales del Cristianismo, sobre aquella especial característica que lo convertía entre los Indios en una piedra de escándalo, entre los griegos en una locura, pero para todos los que en él creían, en un poder de Dios para la salvación, el cual le haría cubrir la tierra como las aguas cubren los abismos. Son las observaciones de un espectador atento, pero de uno que ansía dejar hablar a su corazón cuando su intelecto puede fallar y dejar de guiarle seguramente, o cuando le falta un conocimiento adquirido. Espero que satisfará entre todas las denominaciones de cristianos a aquellos que ponen las Escrituras por encima de todo comentario humano; la palabra de Dios por encima de toda autoridad humana, y que quisieran más bien tener su espíritu vivo en el corazón y que sea visiblemente manifestado en todas las acciones de la vida exterior, que ver la letra de cualquier dogma, mantenida con severidad e inculcada con violencia.

La aspiración más elevada de las naciones del mundo antiguo fue el poder y la grandeza. Su religión no podía darles principio más elevado que uno de egoísmo más o menos refinado.

Hubo, sin embargo, una excepción que formó el contraste más sorprendente: la remisión Mosaica. Esta religión proclamaba la debilidad de la criatura y el poder infinito del Todopoderoso; lo estricto de la ley y la incapacidad del hombre para satisfacerla; la transmisibilidad de la culpa y la santidad de lo juzgado. Aunque pudiera parecer a primera vista, solamente una religión de la ley, del terror y de la expiación externa, fue también, sin embargo, una religión de fe. Hubo aquellos de quienes el mundo no fue digno cuyos ojos fueron abiertos; que fueron inspirados por el Espíritu que alienta todas las cosas, verdaderamente profundas de Dios, que vieron más hondo que los tipos y sombras de la ley, ceremonial -cuya fe fue bastante enérgica para ofrecer con el patriarca la suma de sus esperanzas terrenas a la voluntad divina y para hablar como el Salmista, Señor aunque tú me quites la vida, yo confío en ti.

La doctrina cristiana igualmente distante de estimular la autosuficiencia del mundo celeste que de mantener los terrores de la ley Mosaica, enseñó al Hombre a mirar a su Hacedor no sólo como a su juez sino también como a su Redentor. Los sueños de poder supremo por el cual una nación ejerciese el dominio absoluto del mundo, habían sido desterrados; los monumentos de su esplendor se convirtieron en ruinas juntamente con sus dioses; también los propósitos más elevados por los cuales la Providencia había singularizado entre las demás a la tribu más humilde de su país, fueron realizados, y Sión no fue ya la morada del Más alto en el punto de reunión de todos los fieles; y el Cristianismo fue adorado por todos los que tenían un amor ardoroso y cuya fe era bastante viva para confiar y para complacerse en su último destino como la religión de la humanidad. Como tal, el Cristianismo ha destruido aquellas barreras por las cuales el hombre había presumido impedir a sus hermanos el acceso a la verdad; había invitado a todos, altos y bajos, a reunirse en su mismo plano, un plano infinitamente por encima de las distinciones de rango, de riqueza o de conocimiento; y su reunión sobre aquel plano no había de ser considerada como una concesión por una parte o como la reivindicación de un derecho por la otra, sino más bien como el deseo unánime de abrazar el libre don de Dios conferido a todos.

Con este espíritu, sin perturbar sus fundamentos, el Cristianismo ha elevado el carácter de las instituciones sociales; ha animado a los individuos para avanzar con el arrojo de la verdad pero también con la dulzura del amor, para defender la causa de sus hermanos; ha incitado a unos a llevar su luz y defender su estandarte en regiones distantes y a otros a proclamar ante los poderosos, sus reclamaciones inequívocas y a proponer aquella gran obra en cuya realización pueden gozarse las edades futuras, y ver:

Ante la voz del Evangelio de la Paz,
Cesar las tristezas del África;
Y al Esclavo y a su Señor unirse devotamente
Para trabajar por su libertad, y vivir en su luz.

Para el destino último del Cristianismo tal como se revela en el sagrado volumen y se manifiesta en las páginas de la historia, no puedo encontrar una expresión más apropiada que decir que su objeto es realizar la educación de la humanidad. Destinado a elevarlo todo, aliviará la tristeza de cada uno; y por distintas que sean las habilidades y las circunstancias, todos participan de aquel mismo espíritu que atribuye a cada hombre estrictamente lo que quiere.

Si miramos el Cristianismo, como debemos mirarlo justificadamente, como el esquema adoptado por la Infinita Sabiduría para consumir el gran fin de la educación de la humanidad, podemos deducir de la contemplación de los medios empleados, una norma segura para nuestros propios esfuerzos. Podemos, al mismo tiempo, confirmarnos en la convicción de que el Cristianismo no es un privilegio reducido solamente a aquellos que por cualquier peculiar talento, conocimiento o ejercicio pueden aparecer como mejor cualificados que los demás para recibirlo, sino que es un don que se concedió libremente a todos aunque no lo mereciera ninguno -adaptado no a una condición de vida sino al estado de caída del género humano, a aquella lucha de la carne contra el espíritu- aquella extraña mezcla de contradicciones -de conocimiento afectado y falso y de aversión a la luz- cuando el hombre presume con débiles fuerzas trabajar por su salvación; cuando con su mirada atenta y su corazón dominado por el encanto de las cosas perecederas, imagina, sin embargo, sondear las profundidades de la verdad y elevarse a la brillante cima de la felicidad -o cuando, en una visión más tenebrosa, con sus afectos centrados en el yo, se ve llevado a proclamar la verdad como un fantasma y abrazar un vacío sonoro- cuando alternativamente, vuela de las tormentas de la vida al mundo de los sueños y desde el interminable laberinto de la especulación solitaria, a las disipaciones de la vida, cuando él dice, paz, paz, donde no hay paz.

Entre los pasajes del sagrado libro que mejor iluminan respecto del estado de espíritu más adecuado para la recepción de la verdad Cristiana, he considerado siempre como uno de los más ilustrativos aquel en que están las palabras del Salvador:

Todo el que no reciba el reino de Dios como un niño pequeño no entrará de ningún modo en él.

¿Qué puede haber en un niño pequeño que merezca ser comparado con un estado de disposición para la fe Cristiana? No puede ser un esfuerzo de moralidad ni una tentativa para una perfección más alta; porque el niño es incapaz de eso. No puede ser ningún grado de conocimiento ni ningún refinamiento intelectual; porque el niño es un extraño para ambas cosas. ¿Qué puede ser entonces sino un sentimiento de amor y de confianza del cual, durante algún tiempo, es la madre su único objeto? Aquel sentimiento es análogo en su naturaleza y actuación al estado de espíritu descrito con el nombre de fe. No se apoya sobre una convicción del entendimiento pero es más convincente que ningún silogismo puede haber sido. No fundándose en él tampoco puede ser injuriado por el razonamiento; sólo tiene que ver con el corazón. Es anterior al desenvolvimiento de las demás facultades; si preguntamos por su origen sólo podemos decir que es instintivo; o si queremos resolver una expresión inexpresiva en otra verdadera, diremos que es un don de aquel que ha llamado a la vida a todos los seres de la creación -en quien nosotros vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser.

Análoga a esta emoción, como inspirada por el Dador de todo lo que es bueno, tenemos el estado de espíritu de aquellos que creen para salvar el alma. Aunque infinitamente elevado sobre él participa de la naturaleza del sentimiento así como de la convicción; surgiendo de ambos está investido de aquella energía que tienen los frutos del amor; prueba que la verdadera fe está emparentada por naturaleza con el amor activo, y que el que no ama no conoce a Dios; porque Dios es amor.

Aquella emoción en el espíritu del niño, aquel alumbramiento de fe y de amor no pueden ser más queridos para nadie que para una madre cristiana. Que se convenza de que sólo hay un camino para que manifieste su afección maternal -y ese camino consiste en vigilar el don de Dios en su hijo-, estar agradecida al Dador, y, esperando que de El puede venir el aumento, hacer todo lo que esté en su poder para desenvolver el germen: ser indulgente y firme en su tarea; mirar a su propio corazón como un motivo y a los cielos para bendecir.

Feliz la madre que conduce de ese modo a su hijo a la fe y de la fe al amor y del amor a la felicidad. Y tres veces feliz quien tiene ante sus ojos y su tarea el recuerdo de uno que con una

genuina e inimitable piedad vigiló el sueño de su hijo durante años, ejemplo que, más fuerte que ningún precepto, firme como la voz del amor maternal en su propio pecho, le dicta que recuerde, que imite y que persevere.